LOS SISTEMAS FILOSÓFICOS

Y EL

CRITERIO MÉDICO

DISCURSO LEÍDO EN LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA DE BARCELONA

EN EL ACTO DE LA RECEPCIÓN DEL ACADÉMICO ELECTO

D. JOSE ROQUER Y CASADESÚS

DISCURSO DE CONTESTACIÓN DEL

Dr. D. EDUARDO BERTRÁN Y RUBIO

ACADÉMICO NUMERARIO

25 de Mayo de 1897

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE F. SÁNCHEZ

CALLE ARCO DEL TEATRO, 16

Teléfono 1.190

LOS SISTEMAS FILOSÓFICOS Y EL CRITERIO MÉDICO

DISCURSO DE RECEPCIÓN

DE

D. JOSÉ ROQUER Y CASADESÚS

Y CONTESTACIÓN DEL DOCTOR

D. EDUARDO BERTRÁN Y RUBIO

LOS SISTEMAS FILOSÓFICOS

Y EL

CRITERIO MÉDICO

DISCURSO LEÍDO EN LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA DE BARCELONA

EN EL ACTO DE LA RECEPCIÓN DEL ACADÉMICO ELECTO

D. JOSE ROQUER Y CASADESÚS

DISCURSO DE CONTESTACIÓN DEL

Dr. D. EDUARDO BERTRÁN Y RUBIO

ACADÉMICO NUMERARIO

25 de Mayo de 1897

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE F. SÁNCHEZ

CALLE ARCO DEL TEATRO, 16

Teléfono 1.190

Iltre. Sr.:

Señores.

Permitidme, antes de comenzar mi tarea para cumplir con lo dispuesto en el artículo 17 de los Estatutos por los cuales se rige esta Ilustre Academia, que os felicite por las circunstancias que han concurrido en mi elección.

Fuera de los casos en los cuales la convocatoria se deriva de la creación de nuevas plazas, por efecto de reformas reglamentarias, casi siempre las vacantes se producen por fallecimiento de su titular; y verificada la elección, el nuevo académico, al leer su discurso de ingreso, se vé en el caso de comenzar por un elogio fúnebre, más ó menos sincero pero siempre doloroso y en ocasiones difícil, de su predecesor.

En la solemne sesión que hoy se celebra, no hemos de hablar de ningún muerto, no debo hacer ningún esbozo necrológico, no he de lamentar la pérdida definitiva de un compañero querido, porque, si bien la Academia se vé privada del concurso de nuestro buen amigo el Dr. Góngora, cuyas dotes científicas y condiciones morales no hay nadie, que yo sepa, que las haya puesto en duda, su ausencia

puede ser temporal, toda vez que los Estatutos le conceden el reingreso en la Corporación á la primera vacante que se produzca, cuando vuelva á domiciliarse en esta ciudad, si desaparecen los motivos personales que le han inducido á abandonar sus numerosos amigos y clientes para fijar su residencia en otro punto de España, en donde, de seguro, habrá sido recibido como se merece, por su exquisita cortesía y por los beneficios que con su saber prodigará á sus conciudadanos.

Ya veis pues, Señores, como tengo razón en deciros que debo empezar por felicitaros.

Si yo fuera supersticioso, calificaría esta circunstancia como de buen augurio, y podría decir que *entraba con buen pié;* pero, es tanta la diferencia entre lo perdido y lo hallado, que no empiezo en el cumplimiento de mi deber sino con cierto y bien justificado temor.

No debo pediros indulgencia, como es uso y costumbre en toda clase de discursos, porque la índole del acto que se celebra y la importancia de la Corporación me lo impiden. Por otra parte, cuento tanto con vuestras elevadas miras y con vuestra nunca desmentida consideración hácia mí, que abrigo la esperanza, y esto me proporciona gran acopio de fuerza moral, de que, aún sin pedirlo, como lo haría de buen grado, habeis conmigo de mostraros indulgentes.

Y si en vuestro elevado juicio, formais de mi trabajo una opinión desfavorable, bien merecido lo tendré por haber osado penetrar en este recinto consagrado á la ciencia, sin reunir las condiciones científicas requeridas, y de cuya posesión habeis vosotros dado patentes muestras.

La sección á que pertenece la vacante para la que he sido elegido, me impone el asunto del tema: es la sección de Literatura y Filosofía médicas.

La práctica diaria de la Medicina, absorve la mayor parte del tiempo hábil de que disponemos los que á ella nos

dedicamos, y si bien hubiera deseado escribir sobre Literatura Médica para salir del apuro con mayor facilidad, por tratarse de hechos comprobados y de documentos históricos, me hubiera faltado el tiempo, y quizás la habilidad práctica, para husmear por doquier y cual ratón de bibliotecas y archivos meterme en todos los estantes en busca de los materiales de erudición, libros y documentos para salir airoso de mi cometido.

Por otra parte, cualquiera que por razón de la práctica de la ciencia, ó de las especialidades que de la misma surgen, en virtud de la ley de la evolución del pensamiento, se halla en el caso de imponerse de la literatura médica, se pregunta cuál es el concepto de la Medicina actual, cuál es el criterio que debe adoptarse para apreciar bien los fenómenos biológicos y patológicos que se producen en el organismo, y de donde deriva, por último, la confusión que en este importantísimo asunto ha imperado en el campo de la Ciencia durante tantos siglos.

Así discurriendo, y por la razón antes mencionada, me encariñé con el estudio de la ciencia madre, siguiendo la marcha del pensamiento científico á través de las edades, y me propuse, sin comprender de momento la magnitud del asunto, disertar sobre el tema cuyo enunciado es:

Los sistemas filosóficos y el criterio médico

Fué tan solo al desarrollar el asunto, cuando comprendí su alcance y trascendencia, y la dificultad, ó mejor, lo imposible de condensar dentro de los límites de un discurso de recepción, todo lo concerniente á un sujeto tan complicado y extenso, y en el cual además, tal vez por efecto de una indigestión filosófica, me falta la fé acerca de la sinceridad de los filósofos, de su dialéctica y de sus silogis-

mos, que sospecho desprovistos muchas veces, por lo menos, de las más rudimentarias nociones del sentido común.

Y dicho esto, entro en materia, con el vivo temor que me inspira vuestro juicio, bosquejando rápidamente los más principales sistemas filosóficos que han influído en la constitución de la ciencia y en la manera de formarse el criterio médico.

Todos sabeis, señores, que la Medicina ha sido siempre consideraba como una rama desprendida del árbol filosófico. Era éste endeble arbolillo cuando nació de la semilla lanzada por el hombre en su innato afán de poseer el fruto de la verdad, y conocer íntimamente los fenómenos que examina y las causas que los determinan.

El árbol de la Filosofía, cultivado y regado con los manantiales de la observación y del raciocinio, creció y se hizo frondoso, brotando del mismo varias ramas, que desgajadas á su tiempo, y cultivadas en el mismo terreno y con idénticos manantiales, viven lozanas al lado del tronco principal de su procedencia.

La Ontología, la Teodicea y la Cosmología, subdivisiones de la Filosofía objetiva; y la Psicología, la Lógica y la Filosofía moral, que lo son de la subjetiva, constituyen las principales ramas del árbol filosófico que ha producido el ópimo fruto del saber, con el cual tanto ansía nutrirse la especie humana.

En verdad, no alcanzo á establecer un paralelo acerca la importancia de cada una de las ramas en que se subdivide el saber humano, y la influencia que hayan ejercido cada una de ellas en la formación del criterio sobre el hombre y sus padecimientos, pues que se hallan todas en tan íntima relación, que, sobre todo en los albores del conocimento filosófico, era imposible estudiar la Cosmología, sin pensar en

la Teodicea, ni la Ontología sin el concurso de las dos primeras.

En aquellos tiempos primitivos, que podriamos bien calificar de pre-históricos, dada la oscuridad que domina en todo cuanto se refiere á dicha remota época, el raciocinio debía hallarse poco menos que en embrión, permitidme la frase, una vez que todo era nuevo para el hombre que vivía guiado tan solo por sus naturales instintos, sin que pudiera formarse una idea de los fonómenos del mundo exterior, hasta cuando la educación de los sentidos y las luces del entendimiento le permitieron observar, y raciocinar sobre lo observado.

Y como siempre lo que parece sobrenatural por hallarse fuera del alcance de la inteligencia humana, impresiona vivamente é infunde en el ánimo la idea de un ser superior, de ahí que la producción de fenómenos cósmicos ó geológicos, al ser observada por el hombre en toda su grandeza y sublimidad, los atribuyera, considerando su propia impotencia, á una causa suprema, ó á un azote que dimanaba del ente que regía todos los destinos del universo: á Dios.

La Ontología es, sin embargo, la parte de la Filosofía que más interesa para nuestro objeto, aun cuando verdaderamente no puede dejar de relacionarse con la Cosmología, por la seucilla razón de que en vano intentaremos conocer al sér ó ente, sin hacer lo propio con el medio en que vive, del mismo modo que tampoco podemos dejar de pedir las luces de la Filosofía subjetiva, que trata de lo que piensa el sujeto, ya que el hombre debe ser considerado no solamente como un bio-cosmos, sino como un bio-psico-cosmos, puesto que vive y piensa.

La Antropología, pues, como ciencia, tiene su fundamento en la Filosofía instintiva, ó por mejor decir, en el instinto, innato en el hombre, de investigar como vive, piensa, se reproduce y muere, al paso que se pregunta,

porqué vive, porqué piensa y cuál es la causa de su desaparición del mundo de los vivos.

Nuestros aborígenes, guiados tan solo por su instinto natural de observación, debían impresionarse con la luz viva y radiante del astro del día, que con sus esplendorosos rayos luminosos y caloríficos, vivifica todo lo creado; debían sentirse arrobados é invadidos por dulce melancolía, cuando el sol en su ocaso, dejaba los montes y los valles en una oscuridad relativa, tan solo con la argentina luz de nuestro satélite, y la mortecina de las miríadas de estrellas de que está poblado el firmamento. ¿Cómo no preguntarse la causa de la transición del día á la noche? Cómo es posible, al despertar con la aurora del nuevo día, vigorizado el espíritu después del descanso, al contemplar de nuevo al sol naciente, que con sus torrentes de luz inunda el espacio, que el hombre no anhelase penetrar los secretos cosmogónicos? Esto sería negar que Dios hubiese creado al hombre dotándole de la luz del raciocinio; hubiera sido equipararlo al resto de los animales de la creación.

Observación, pues, de los fenómenos que impresionan los sentidos, raciocinio sobre los mismos, juicio; he aquí el principio de la Filosofía.

Hasta aquí os he presentado al hombre, observando los fenómenos propios del medio en que vive, pensando bien ó mal, y juzgándolos con mejor ó peor criterio, aunque adaptado á los conocimientos cosmogónicos de su época Debo hablaros ahora del hombre bajo el punto de vista antropognósico.

Supongamos, por ejemplo, que si uno de nuestros aborígenes, caminando por entre abrojos, se sintió herido en un pié por habérsele clavado una espina, debió preguntarse por la causa del dolor que experimentaba, y al hallar el cuerpo punzante clavado aún en sus carnes, se apresuró á extraerlo. No es aventurado suponer tambien que, aunque

prudentemente, lo hincaría de nuevo viniendo de esta suerte en conocimiento de la causa de su dolorosa sensación, así como de la posibilidad de clavarse en las carnes los cuerpos de igual ó parecida forma, la cual á su vez pudo deducir, comparándola con la que afectaran otros cuerpos no susceptibles de hincarse, que tuviera al alcance de su mano.

El sentimiento de que dentro de su pecho hay algo que se mueve bajo un impulso para él desconocido, no podía pasarle desapercibido al sentir los latidos de su corazón; y en fin todas las impresiones recibidas por medio de los sentidos debían conducirle á construir los cimientos de la antropognosia.

Vemos, pues, como la Antropología y la Antropognosia, que constituyen la parte fundamental de la Medicina, son tambien instintivas.

El famoso *noscæ te ipsum*, que muchos siglos despues inventara Thales de Mileto, uno de los siete sabios de la Grecia, es innato en la humanidad, y constituye el todo de la Antropologia.

Pero, lo que en mi sentir influyó más en el desarrollo de la Antropognosia, debió ser la susceptibilidad del hombre á enfermar.

En efecto, las sensaciones por medio de las cuales conocemos los objetos del mundo exterior, pueden ser, según el órden á que pertenezcan desagradables y perturbadoras. Dígalo sino la impresión producida por un foco de luz demasiado intenso; los sonidos fuertes y estridentes que llegan á veces á producir horripilaciones; el ejemplo antes citado de la espina clavada en las carnes; los traumatismos superficiales ó viscerales que ocasionan perturbaciones graves en el organismo. Todo esto, debió, sin ningún género de duda, inducir al ser pensante á establecer comparaciones entre el estado anterior de salud y el de padecimiento que diera lugar al juicio comparativo.

Y como el hombre se reproducía sin cesar, en virtud de las leyes de la naturaleza que rigen á la reproducción del género y de la especie, la frecuencia de los casos de enfermedad, condujo á la formación, hallándose ya constituida la sociedad humana, de criterios sobre los estados de salud ó enfermedad fundados en la observación de los hechos y sancionados por el raciocinio, que aún siendo erróneo, llenaba las aspiraciones de aquellos tiempos en que todo se subordinaba al antropomorfismo.

Si hemos considerado al *noscæ te ipsum* y al espíritu de observación como innato en los individuos de la especie humana, igual consideración debe merecernos el instinto de la propia conservación, y como de éste se deriva la necesidad de curar los males ó aliviar los sufrimientos, de ahí que la Medicina, si como ciencia tiene su origen en la Filosofía, como arte derivado del instinto de conservación, es tan antigua como el hombre, puesto que con él nació.

Constituida ya la especie humana en sociedad, establecido paulatinamente el lenguaje, que empezó por la simple interjección expresiva de las impresiones que recibía el individuo de los agentes exteriores, siguiendo después el lenguaje imitativo y convencional para dar nombre á las cosas, pudo ser más fácil la transmisión de las ideas; las pasiones se desarrollaron, y la lucha por la existencia, necesidad de todo ser viviente, debieron ser las causas que facilitando la evolución de la inteligencia humana, dieron, por resultado, la constitución definitiva del lenguaje y la comunicación de los hechos, que de instintivos que antes eran, comenzaban ya á ser debidos á los pálidos reflejos de la luz de la razón,

En los tiempos que me he permitido calificar de prehistóricos, debían ya ser conocidos los efectos de los traumatismos y la manera de producir la muerte, pues nos cuenta la historia sagrada, que Cain mató á Abel, y si este

ejemplo no fuera convincente, porque podriais decirme que el odio que Cain sentía por su hermano, tal vez le condujo tan solo á quererle acometer sin que conociera los efectos de la agresión, os citaré el ejemplo del sacrificio de Isaac. Al disponerse Abraham á sacrificar á su hijo para ofrecerle en holocausto á Dios, ya sabía que mataba, y por lo tanto conocía la acción de herir con todas sus consecuencias físicas.

Y si merced al desarrollo de las afecciones pasionales y á la lucha por la existencia, el hombre sabía herir, es lógico creer que debía tambien buscar los medios para curar sus heridas, porque el instinto de la propia conservación, que ya he dicho, y pudiera por sabido omitirlo, que es asimismo innato en todo sér, le induce á buscar alivio á sus padecimientos ó curación de sus males, inquiriendo ya en la naturaleza, ya en el seno de la sociedad, todo lo que pueda servirle para satisfacer sus necesidades personales.

A medida que la especie humana iba reproduciéndose, debieron abundar los casos de enfermedad, y aunque las causas productoras, dado que en aquel tiempo todo lo dominaba el antropomorfismo, fueran atribuídas á lo sobrenatural, los medios de curación más ó ménos numerosos y extravagantes, conformados con el criterio de la época, se difundían entre los miembros de aquella sociedad semisalvaje, constituyendo la Medicina prehistórica, la Medicina tradicional.

Los primeros pobladores que despues de los grandes cataclismos geológicos ó meteorológicos, fundaron colectividades en distintas partes del mundo, debieron contribuír notablemente á la difusión de la Medicina llamada patriarcal, tal vez Antropiátrica, pues la supongo entonces humanitaria y desinteresada.

Os parecerá prolijo, y hasta inútil, que me detenga en disertar sobre la Medicina pre-histórica, de la cual ninguna noción exacta poseemos, como si quisiera ocuparme

en el presente trabajo, de la historia de las Ciencias Médicas. No es este mi propósito; hasta aquí he querido demostrar, ó mejor dicho, dejar sentado, que, en mi sentir, el origen de la filosofía natural ha sido, primero el criterio sensualista que permitió al individuo observar lo que le impresionaba por medio de los sentidos, y despues el raciocinio sobre lo observado y experimentado para depurar cual fuera el juicio más aproximado á la verdad.

Y como precisamente los diferentes sistemas filosóficos, desde Thales de Mileto hasta nuestros dias, han estado, unos con otros en pugna, deteniendo el progreso de la ciencia, pues que en algunas épocas han imposibilitado el estudio analítico, ó la han conducido por torcidos derroteros impulsándola por la senda del dogmatismo, como veremos más adelante, he querido ocuparme, aunque se me tache de fantaseador, apoyándome en la lógica y el sentido común, acerca de la manera como es posible que se haya formado en el hombre primitivo el criterio sobre las cosas, y como del natural instinto de conservación, más que de los rudimentarios conocimientos antropognósicos, nació la Medicina pre-histórica, origen de la Medicina actual.

A medida que la humanidad fué avanzando en la observación de los fenómenos de la naturaleza, á medida que la marcha lógica del pensamiento permitió descubrir nuevos horizontes, nuevos puntos de vista para descubrir la verdad, única manera de pensar bien, las ideas genéricas ó abstractas fueron concretándose, y lo que durante muchos siglos no había sido más que una série incalculable de hechos dispersos, indeterminados, esparcidos por doquier por los vientos de la tradición, que nos los presenta la mayoría de veces desfigurados y con visos de inverosimilitud, se convierte en los cimientos de una ciencia cuyo objeto es, y debe ser, el determinismo de los fenómenos antropológicos y el conocimiento y posesión del absoluto.

Hemos llegado, señores, al punto más difícil.

En el árbol de la filosofía han brotado las ramas que se nutren con la sávia del tronco principal, y de la rama ontológica, brota á su vez la de la Medicina. Es necesario que el tronco madre sea bien cultivado, aprovechando todas las luces de la inteligencia, para que las ramas vivan lozanas y puedan suministrarnos el ópimo fruto de la verdad.

Ha sido fácil alcanzarlo? Convengamos en que la tarea ha sido sumamente árdua, y tan difícil, que fué menester que transcurrieran muchos siglos para que haya sido posible estirpar los vicios de origen de que adolecían los vagos conocimientos cosmológicos y ontológicos, vicios que retardaron mucho la formación del período constitutivo de la ciencia en el concepto especulativo.

Considero al hombre tan bueno y tan malo, tan soberbio, fátuo y tan ignorante en aquellas épocas como en la presente. La sociedad humana, debía de adolecer de los mismos defectos antes como ahora; las pasiones se desarrollaban con la misma intensidad, y ya fuera á causa de la lucha por la existencia, ya por el instinto de conservación, la superioridad adquirida por el derecho del más fuerte, debía naturalmente influir sobre los individuos más débiles, menos audaces ó de escasa inteligencia. Por otra parte, el misticismo real, ó fingido para alcanzar la superioridad y satisfacer las concupiscencias, creando dioses idolátricos y sacerdotes y oráculos de estos falsos dioses, absorvían la inteligencia humana, amedrentándola con los castigos emanados de las divinidades, cerrando el paso á toda investigación analítica de los fenómenos observados en la naturaleza, para atribuir sus causas á la divinidad ó divinidades supremas, objeto del culto pagano.

El antropomorfismo y el panteismo, pues, envolviendo entre las sombras del misterio la explicación de los fenómenos de la naturaleza, retardaba la constitución de la

ciencia. ¡Siempre la misma lucha! el espíritu de las tinieblas contra la luz! He aquí la eterna cuestión.

Esto no obstante, la semilla echada por los hombres de aquellas épocas, no podía menos de germinar, desarrollarse y fructificar. La ley de la evolución es la misma para la especie en el órden de la existencia, que para el saber en el del conocimiento; la primera aparece en el espacio y tiempo, y la segunda en la conciencia cuando las condiciones preexistentes é indispensables justifican y determinan su aparición.

Pues bien, todos aquellos hechos dispersos é indeterminados de que antes os he hablado, todas aquellas cosmogonías que, aun cuando estaban supeditadas al antropomorfismo, no dejaban por esto de derivarse de la necesidad innata en el espíritu de apoderarse de la verdad, constituyeron las condiciones que justificaron la aparición de los primeros sistemas filosóficos, base fundamental de la Ciencia.

El *noscœ te ipsum* de Thalés de Mileto es, sin duda, el concepto más grandioso que se puede imaginar. Si en él se hubieran inspirado todos los filósofos, considerándolo en su más estricto sentido, la antropognosia no hubiera andado descarriada por muchos siglos, y á beneficio de la ley del progreso nos hallaríamos más en el camino de la posesión casi absoluta de las relaciones de los fenómenos que se producen en nuestro organismo, y la Medicina llegaría más pronto á sintetizar por medio de la Terapéutica el período analítico en el cual todavía nos hallamos y que estamos aun muy lejos de terminar.

No me propongo engolfarme en el estudio crítico de los sistemas filosóficos, que para ello se necesitan grandes conocimientos y profunda reflexión, patrimonio exclusivo de la edad madura, salvo en raras escepciones; además, los límites y la índole del presente trabajo tampoco lo permiten; pero, sin embargo, no puedo menos de señalar que la ciencia madre se ha convertido muchas veces en madrastra para la Medicina, cuando se ha salido de los moldes primitivos para ir en pos del idealismo producto de los cerebros fantaseadores ó consecuencia, á veces, del orgullo, vanidad ó soberbia del hombre que cree poder pensar sin haber visto ni oido: por su calidad, tan solo, de animal racional.

La lucha entablada entre los sistemas filosóficos, sobre todo entre los anteriores á Sócrates, me ha parecido muy desleal. Cabe plantear el siguiente dilema: ó los hombres de aquella época carecían de sentido común, ó entraban en el palenque científico deslealmente, sosteniendo ideas en abierta contradicción, tan solo por vanidad ó soberbia, ó por el afán de adquirir notoriedad para sus fines particulares.

¿Cómo es posible establecer un criterio sobre una cosa, un hecho ó un fenómeno, sin el auxilio de los sentidos? cómo es posible determinar las causas y las relaciones de los fenómenos, única manera de conocer la verdad de los mismos, sin un concienzudo estudio de lo particular á lo general, de lo concreto á lo abstracto? cómo llegaremos al determinismo de la vida, sin prévio conocimiento del vivificado?

Los que pensaron y sostuvieron que todo esto era posible, deben acusarse de haber empequeñecido la ciencia, impidiendo su progreso, y si lo hicieron con fines ruines, fueron reos de lesa humanidad.

El primer sistema filosófico sostuvo el criterio sensualista, y estableció el método analítico ó *á posteriori*, y no podía dejar de ser así, pues que el descomponer para observar es instintivo en el hombre. Dadle un juguete á un niño de pocos años, y vereis que lo que hace tan luego como ha entrado en posesión del mismo, es tratar de descomponerlo con objeto de conocer su mecanismo ó su estructura.

¡Qué el hombre puede formar concepto de las cosas sin

verlas ni observarlas, tan solo con su pensamiento, y no digo con su raciocinio, pues tengo de éste formada más alta idea, no puede reputarse de otro modo que de un acceso de ultra vanidad.

¿Qué pensar de aquel filósofo que al método analítico de Thales, opuso el método *á priori* fundado en el idealismo, pretendiendo explicar los fenómenos cosmogónicos con simbolismos numéricos, como si se tratara de cosas perfectamente conocidas y determinadas? La escuela Pitagórica, con sus categorías de la unidad y multiplicidad, finito é infinito, par é impar, recta y curva, etc., y otros idealismos por el estilo, como la pluralidad de los espíritus, no hizo más de provecho que oponer al materialismo de Thales, el espiritualismo representado por la unidad. En lo demás, así como debe reputarse al filósofo de Samos como gran matemático y astrónomo, como filósofo debe acusársele de haber desviado la ciencia de su verdadera senda, representada por el método analítico por donde la había conducido Thales de Mileto.

Las abstinencias y demás pruebas que los aspirantes á discípulo debían sufrir antes de ser admitidos á oir las explicaciones de Pitágoras, me hacen dudar de la sinceridad de la doctrina de este filósofo, y me infunden la sospecha de que deseaba convertir á sus discípulos en verdaderos sectarios, casi en antropólatras, para el mejor logro de sus ambiciones políticas que antes fingía despreciar.

Con el funesto *magiter dixit* cerraban de golpe los discípulos para eludir la explicación de alguna de aquellas combinaciones numéricas que no cabían en la cabeza de los adversarios, ni en la suya propia.

Ya tenemos pues los dos sistemas en pugna, el materialismo y el espiritualismo naciente, el método analítico y sensualista, en abierta oposición con el soberbio idealismo.

Y entretanto la medicina metida aún en los templos,

patrimonio de los sacerdotes de Esculapio, divinidad que el antropomorfismo simbolizaba en un viejo que tenía en la mano un palo al cual se enroscaba una serpiente. ¡La serpiente! ésta era la cuestión, la serpiente silbadora servía á maravilla para obtener ofrendas en beneficio del dios y..... de sus servidores que tenían la desdicha de haber de comer para vivir.

Como ya he manifestado, no he de hacer la crítica de los sistemas filosóficos, así es que no me he de ocupar del concepto que Thales había formado del infinito; el agua como materia única, ni el de Anaximeno que creía lo era el aire, Heraclito el fuego, etc., ya que tales concepciones derivadas del estado embrionario del saber humano, conducían á criterios erróneos que ninguna importancia tienen para mi asunto.

Si el método analítico no hubiera sido detenido en su camino por el idealismo de las escuelas Pitagórica y Eleática, que sin duda se hallaban influídas por los panteistas, á quienes no convenía, informándose en un criterio egoista y concupiscente, la luz de la verdad, el *noscœ te ipsum* se hubiera abierto paso analizando y descomponiendo para recomponer y sintetizar, y se hubiera progresado mucho en el camino del conocimiento de nuestro organismo y de la determinación de los fenómenos que en él se producen. Pero la mala semilla estaba echada, y los dos extremos han seguido y seguirán en lucha constante.

No se conoce en los anales de la ciencia y de la humanidad otra lucha más enconada, aparte de la lucha por la existencia, ni más interesada y casi puede decirse más desleal, que la á que ha dado lugar el problema del determinismo de la vida, si que también más estéril en cuanto á los resultados alcanzados. ¡Arduo problema, cuya solución, como el de la suprema Divinidad, continua aún velada al entendimiento humano!

Y estoy, señores, firmemente convencido de que esta lucha hubiera resultado menos estéril y menos funesta para el progreso de la Medicina, si se hubiera circunscrito á descubrir el concepto sobre la vida por lo que interesar pueda al de la salud y enfermedad, dejando de lado las disquisiciones de índole teológica y metafísica, cuya resolución se funda tan solo en la fé.

De este modo encauzados los estudios ontológicos, analizando metódicamente las partes constituyentes de nuestro organismo, investigando los fenómenos fisiológicos, sus causas próximas, y la relación de unos con otros; con el anhelo de posesionarse del secreto de la vida, se habría logrado, sino el objeto final, formar al menos criterio sobre la negación de la salud; la enfermedad y la muerte: y algo es algo.

Pero no fué así; la soberbia humana creyó poder alcanzar la finalidad, tan solo con su raciocinio, y, tantas veces como se intentó levantar el criterio médico sobre sólidas bases, otras tantas se vió derribado por las diversas lucubraciones del idealismo. Ahí teneis á Platón, discípulo predilecto de Sócrates, que resucita, una vez muerto el maestro, las ideas de Pitágoras, llevándolas á un extremo de ultra-idealismo, y sin duda para emular al filósofo de Samos, inventa los símbolos geométricos, substituyendo á los números para la explicación de los fenómenos. Y como si ahora tocara el turno par, entra en el palenque filosófico Aristóteles que, por fortuna, estaba dotado de una gran dosis de sentido común, y apoyándose en el pedestal de la verdadera filosofía, erigido por Thales, echa por los suelos el platonismo, y traza definitivamente el sendero que debe conducir á la ciencia por el camino del progreso.

Pero que manera de pensar era la de las *celebridades* de aquellas remotas épocas! ¿Cómo era posible que pudieran establecer un criterio verdad sobre los padecimientos del

hombre, si en vez de una observación detenida y concienzuda, y del estudio analítico, perdían lastimosamente el tiempo en disquisiciones de metafísica pura, con estériles apasionamientos y tal vez con mala fe? Voy á citaros un hecho que en cierto modo viene á corroborar lo anteriormente expuesto respecto de la sinceridad de los filósofos. Los cuatro discípulos de Pitágoras, que constituían las principales lumbreras de la escuela Eleática, queriendo seguir las inspiraciones de su maestro, concluyen por reformar su doctrina, desfigurándola en términos tales, que el mismo Pitágoras no la hubiera conocido. Xenófanes concede tan solo la unidad y niega la pluralidad, estableciendo un abismo entre la divinidad y la naturaleza, encerrando á la ciencia en lo trascendental y eterno. Parménides, reconoce la unidad como inmóvil y contrapuesta al ilusorio movimiento, al revés de su compañero que declaró que no podía ser ni movible ni inmóvil, esto es, la nada; y razona la base de su sistema diciendo: (1). «El sér *existe* porque es pensado: el *no sér no existe* porque no es pensado, puesto que lo que se piensa es su no sér. Es pues el sér *único* inmóvil y finito, esto es, encerrado dentro de los límites de sí mismo; es, en suma la unidad numérica,» El eximio filósofo Dr. Nieto y Serrano, al comentar este párrafo dice (2) «Semejante identificación entre el sér y la unidad, con exclusión del no sér y de la multiplicidad, trae, como consecuencia lógica en el pensamiento eleático, la eliminación de las categorías parciales de cualidad, de tiempo, de esencia, de causalidad y de finalidad, de conciencia, y en rigor hasta la de extensión reconocida por la escuela pitagórica. La misma cantidad numérica quedaba reducida á una tésis abstracta sin la antítesis correspondiente. Toda la realidad propia del pensamiento y del mundo, se hallaba con-

(1) Nieto y Serrano Historia crítica de los sistemas filosóficos. Tomo I. —Madrid.
(2) Nieto y Serrano. Loc. cit.

centrada en el número primero, al cual se atribuía el carácter de sér absoluto, como si sér en absoluto, y sin determinación ulterior, no fuere sinónimo de ser ninguna cosa.»

Melico se encierra absolutamente en la unidad y dice que el ser es inmortal; infinito, porque siendo uno no tiene límites, y lleno, porque si fuese vacío resultaría compatible con otra cosa y él es la única cosa existente en el mundo. Por último, el dialéctico Zenón, niega la pluralidad y el movimiento considerando á la unidad como la verdad absoluta.

Ahí teneis, pues, cuatro discípulos, que no solamente niegan casi á su maestro, sino que asimismo están tambien unos con otros en visible desacuerdo.

Me he detenido en comentar algo de la doctrina de la escuela eleática, entresacando algunos conceptos expuestos por el señor Marqués de Guadalerzas, en su «Historia crítica de los sistemas filosóficos», porque lo ocurrido entre los pitagóricos es muy semejante á lo que sucedió entre Sócrates, maestro de Platón, y éste á su vez de Aristóteles. Entre Platón y Aristóteles, sobre todo, la lucha fué en extremo desleal; pues si bien es verdad que las doctrinas idealistas de Platón nos relegaban al tiempo de Pitágoras, no divulgó Aristóteles su doctrina sino cuando (1), según dicen historiadores, se fundó el Liceo á consecuencia del despecho de Aristóteles por no haber sido designado por Platón como su sucesor en la Academia. ¿Cómo juzgar, pues, á estos discípulos que modifican, unos, la doctrina de su maestro dejándola irreconoscible, y se singularizan otros propagando doctrinas diametralmente opuestas? Razón tenía Apolodoro cuando, despues de la muerte de Sócrates, al contestar á un brindis de Platón, que pretendía erigirse en continuador de la doctrina socrática, le dijo: (2) «Mejor

(1) Giné.
(2) Citado por L. Figuier.

hubiera recibido el veneno de la mano de Sócrates, que no recibiría de la tuya esta copa de vino.»

Ya veis, pues, qué pensaban de Aristoclés-Platón-(1) sus condiscípulos ¿Podeis creer en la sinceridad de sus lucubraciones? No me digais que la marcha lógica del pensamiento y el libre exámen, fuente del progreso, autoriza el cambio ó la ampliación de las ideas, de los juicios y de los raciocinios, estableciendo nuevos sistemas; es esto muy cierto; pero, en este caso no sucedió así; los eleáticos desnaturalizaron la doctrina de Pitágoras, y Platón abandona á Sócrates para retroceder hasta Pitágoras; y nada más he de decir de Aristóteles, quien tan solo cuando se sintió herido en su amor propio, se decidió á propagar su doctrina opuesta á la de su maestro.

Una lucha, en fin, en la cual la peor parte la llevó siempre la Ciencia, y sobre todo la Antroponomía, porque los hombres á quienes Dios había dotado de mayor perfección en sus facultades intelectuales, perdian el tiempo en disquisiciones de metafísica trascendental, queriendo definir lo indefinible sin cuidarse del estudio físico del sér, que debía servir de base á la Medicina. De esta manera, pues, se convirtió en madrastra la madre filosofía.

En efecto ¿cuales eran los medios empleados para llevar á la conciencia la explicación de los fenómenos patológicos que se producen en el organismo humano? Cual era el cóncepto médico dominante en aquellos tiempos? Cual era el fundamento de la Terapéutica? Pocos son los datos que poseemos sobre este asunto, si no hemos de someter á nuestra consideración más que los subordinados á los conocimientos filosóficos de la época. La lucha reflexiva entre lo finito y lo infinito, lo fenomenal y lo infenomenal, la causa y el efecto, el bien y el mal, lo invadía todo, y el

(1)—Platon no es más que un apodo imaginario por Sócrates, aludiendo á la ancha espalda de su discípulo, cuyo verdadero nombre era «Aristoclés.»

hecho médico se subordinaba al sistema filosófico respectivo. Thales, con el agua lo explica todo, llegando á *sustanciarla* como factor indefinido; Pitágoras y sus discípulos con las combinaciones numéricas; Heráclito, con su *flujo perpétuo de las cosas*, considera al Universo como un proceso de acontecimientos inestables, donde las cosas pasan sin que subsistan, siendo producidas por un agente que á su vez las destruye; el fuego. «El hombre, dice Heráclito, dormido se halla muy cerca de la vida, la está tocando, y sin embargo, está muerto para sí propio; y, de igual modo, cuando despierta linda con el sueño, que es su muerte. En el eterno movimiento de los fenómenos, no hacemos á cada instante más que vivir nuestra muerte y morir nuestra vida, sin que podamos alcanzar cosa alguna constante y duradera.» El hombre dormido se relaciona con la divinidad, atrayendo el aire con la respiración pulmonar, y cuando dispierta, entra la inspiración divina por los cinco sentidos. No es aventurado suponer que los padecimientos del hombre deberían ser considerados como debidos al carácter inestable de las cosas y á la falta de relaciones con la suprema divinidad, sobre todo en los que tuvieran asiento en los órganos de los sentidos.

Pero, Señores, á que seguir citando las ideas de Anaxágoras con su *todo está en todo*, los átomos de Demócrito y los sofismas de Gorgias y Protágoras, si todo ello no nos conduciría más que á demostrar de nuevo, que las disquisiciones filosóficas trascendentales eran el principal objetivo de los sabios griegos anteriores á Sócrates, y que el concepto médico vagaba errante del cielo á la tierra según fueran materialistas ó idealistas las corrientes que lo dirigían.

La Medicina era patrimonio exclusivo de los Asclepíades, y el concepto médico se derivaba de las tablas votivas, del empirismo, y de la analogía sindrómica, etc.,

cuando era ejercida con buena fé. Y digo con buena fé, porque algunos datos suministrados por la literatura del tiempo de Pericles, permiten sospechar que no siempre los Asclepíades servían honradamente al Dios que veneraban.

Augusto Gauthier, en su libro *Recherches históriques sur l' exercice de la mèdecine dans les temples, chez les peuples de l' antiquité*, publicada en París en 1844, traduce una muy aplaudida comedia de Aristófanes titulada «Pluto», que sirve perfectamente para poner de manifiesto el concepto que en algún tiempo merecieron las prácticas clínicas del templo de Esculapio.

Véase un fragmento de dicha comedia: (1)

Pluto, dios del oro, es conducido al templo de Esculapio, para curar de su ceguera, por Cremilo, viejo labriego que obedece al oráculo de Delfos: le ayudan una Mujer, su esclavo Carión, y un amigo llamado Blepsidemo.

Carión cuenta á la Mujer de Cremilo lo que pasó en el templo cuando Esculapio curó á Pluto, y dice:

«*Carión.*—En cuanto llegamos al templo, acompañando al entonces mísero dios, ahora venturoso y feliz cual ninguno, fué nuestro primer cuidado llevarle al mar, desnudarle y darle un baño.

La mujer.—¡Por Jupiter! ¡Vaya una dicha para un viejo, meterlo en agua fría!

Carión.—Hecho esto, volvimos al santuario de Esculapio, y colocamos en el altar tortas y várias otras ofrendas sagradas; entregamos á la devoradora llama de Vulcano la flor de harina; acostamos á Pluto con las solemnidades de ritual, y luego cada uno de nosotros se arregló un lecho de hojas.

La mujer.—¿Y había otras gentes implorando al dios?

(1) He preferido adoptar la traducción que de este fragmento ha hecho el Dr. Letamendi para su «Curso de Clínica general» por creer que ha de ser más fiel que la mía, dada la reconocida competencia que el antiguo profesor de nuestra Escuela de Medicina tiene en esta clase de asuntos.

Carión.—Sí; un tal Neóclides, ese concusionario y sicofanta, que está ciego pero que en robar aventaja á los de mejor vista, y además otros muchos atacados de enfermedades de várias clases. Después el sacerdote mató las luces y nos mandó dormir, encareciéndonos el silencio aunque oyéramos cualquier ruido. Todos nos acostamos tranquilamente. Mas yo no podía conciliar el sueño: una olla de puches que una cercana vieja tenía colocada á su cabecera, tentábame el apetito, y por lo mismo el ardiente deseo de darle un asalto. En esto, al levantar la vista, reparé que el sacerdote despojaba de tortas é higos secos la sagrada mesa. Luego echó una visita de inspección á todos los altares, y cuantos panes habían quedado en ellos, santificólos, guardándolos en un saco. Entonces yo, convencido de lo religioso de la ceremonia, depuse ya todo escrúpulo, y avancé mi mano hácia la olla.

La mujer.—¡Ah, grandísimo canalla! ¿No temais al dios?

Carión.—Sí; temia que con corona y todo, llegase á la olla antes que yo; su sacerdote me había abierto los ojos. La viejecita, al oir ruído, alargaba ya la mano para recoger su olla: entonces yo, remedando á las serpientes *pareas* domesticadas por los sacerdotes, lancé un silbido y la mordí.

Y más adelante dice....., el dios giró su visita, examinándo con orden é interés uno por uno á los enfermos; y á poco un esclavo trújole un almirez de piedra con su correspondiente mano y además una cajita.

La mujer.—¿De piedra?

Carión.—¡Por Júpiter! la caja no.

La mujer.—¿Pero so bribón, cómo podías verlo si estabas tapado?

Carión.—¡Toma! por los agujeros del manto; que á fé no eran pocos. Lo primero que preparó fué un ungüento para Neóclides; puso en el morterete tres cabezas de ajos de

Tenos; majolas mezclándolas con goma y cebolla albarrana, humedeció la pasta con vinagre del fuertísimo de Esfeto, y se la aplicó al paciente sobre los ojos, habiendo antes revuelto los parpados para que fuera más vivo el dolor. Neóclides gritaba, aullaba, saltaba del lecho en ademán de huir; mas el buen dios le dijo sonriendo: «Quédate ahí con tu ungüento, que así no podrás acudir á la asamblea y hacerla cómplice de tus perjurios.»

La mujer.—¡Qué dios tan amante de la República y tan discreto!

Carión.—Luego sentóse Esculapio junto al lecho de Pluto: Tocóle primero la cabeza, después le limpió los párpados con un lienzo finísimo; Panacea le cubrió cráneo y cara con un velo de púrpura; y por último, Esculapio dió un silbido y dos enormes serpientes se aparecieron, avanzando desde el fondo del santuario.

La mujer.—¡Soberanos dioses!

Carión.—Deslizaron suavemente sus cabezas bajo el velo de púrpura y, á lo que me pareció, lamiéronle los párpados, y en menos tiempo que tu empleas en apurar diez copas de vino, Pluto, señora mía, se incorporó con la vista recobrada».

El Dr. Letamendi, al ocuparse en su libro de *Clínica general* del valor del código Hipocrático, cita también un fragmento de esta comedia, y después de dejar sentado el concepto moral de Aristófanes en su tiempo, dice: «Con estos precedentes fácil será reconocer que en el aludido fragmento, si son pura farsa personajes y acción, no lo es ni puede serlo aquello que forzosamente había de ser verdad, *la realidad de las costumbres,* puesto que siendo público el acceso al templo de Esculapio, claro es que de la forma y estilo habían sido testigos no pocos de los espectadores de la comedia, sino todos.

Ahí teneis, Señores, una muestra de la manera como

es probable que ejercieran la Medicina los Asclepíades, ó por mejor decir, el concepto que en tiempos de Pericles se tenía sobre este asunto.

Claro que no me refiero á los últimos Asclepíades, los cuales respiraban ya en el ambiente científico de aquel siglo, y debían de poseer los conocimientos que se derivaban de los sistemas filosóficos y de las escuelas de Gnido y Crotona que florecían contemporáneamente.

Menester fué que llegara la época en que un genio, arrancando con vigoroso esfuerzo la rama de la Medicina del árbol de la Filosofía, le dieran nueva vida y lozanía, plantándola en terreno fértil, regado con los ricos manantiales de la observación y la experiencia.

No me propongo biografiar á Hipócrates, porque sería repetir cuanto se ha dicho en tantos otros trabajos exegéticos, y de memoria os lo sabeis todos; pero, sí, he de señalar la decisiva influencia que ejerció en la constitución del Arte de curar, formando una doctrina basada en el criterio de observación.

Los sistemas filosóficos anteriores á Sócrates, desviados, conforme hemos visto, de la senda del análisis, y fantaseando en el mundo de lo ideal, retrasaron en muchos siglos el período constitutivo de la Ciencia. Los sabios eran filósofos y médicos en una sola pieza, é identificaban el concepto médico con el sistema al cual estaban afiliados.

La filosofía de Sócrates se dá la mano con el criterio médico establecido por Hipócrates, ya que el filósofo acoje el *noscœ te ipsum* de Thales, fundado en la observación, y con la observación y la experiencia establece Hipócrates la doctrina que ha pasado á la posteridad rodeada de una esplendorosa aureola de gloria, símbolo de la inmortalidad.

No soy de los que pretenden divinizar al ilustre médico de Coos. Estoy firmemente convencido de que si Hipócrates pudiera levantarse de la tumba, arremetería contra los que, ejerciendo de autropólatras y politeistas le llaman *divino*, por entender que de esta manera menoscaban su reputación científica. Lo divino nunca puede ser humano; en la divinidad está identificada la sabiduría; en el hombre es la consecuencia del talento, de las aptitudes y del concienzudo estudio. Si se quiere ensalzar á Hipócrates, no le llamen divino, llámenle sábio.

Y más que sábio, fué verdaderamento un génio, porque es de genios el dar forma á la Ciencia, cuya invención es patrimonio tan solo de la humanidad. Hipócrates, respirando en el ambiente científico del siglo en que vivía, se apoderó de todas las verdades, de todos los hechos dispersos, que, aunque conocidos, no habían tomado carta de naturaleza en la ciencia, recibiendo una aplicación metódica y práctica, é inspirándose en el espíritu socrático, y con toda la clarividencia compatible con el estado de la Antropología, sintetizó los conocimientos médicos de las épocas precedentes.

Este grande hombre, este génio, supo sustraerse á las influencias teosófico-paganas, dejó de ejercer, como lo hacía su padre, en el Asclepión, y fundó la escuela Coaca basada en la observación atenta y minuciosa, y la prudente experimentación.

Ahí tenemos, pues, el verdadero criterio médico: estudiar detenidamente los hechos particulares; elevarlos á la conciencia por medio de los sentidos, y raciocinar con lógica para determinar sus causas, y juzgar en definitiva. Este es el método *á posteriori*

Hipócrates, estudiando detenidamente los síntomas de las enfermedades, atribuyéndoles la importancia que realmente tenían como expresión fenomenal del hecho médico,

llega, con su larga experiencia, á una nosología y semeiótica, que si bien en muchos puntos, preciso es confesarlo, adolecen de sérios defectos, por otra parte inevitables, á causa del estado en que se hallaba la ciencia, en otros, y y no son pocos, son tan verdaderos sus conceptos, que han llegado á través de los siglos, hasta nosotros, con todo el carácter de una doctrina absolutamente irrefutable.

Si la escuela Coaca, dirigida por el génio colosal de Hipócrates, hubiera podido disponer de los elementos para el estudio anatómico del cuerpo humano, si las ciencias auxiliares se hubieran hallado en estado de facilitarle los medios para los estudios biológicos, la ciencia médica habría progresado mucho más, pues que el espíritu sincrético del maestro, no su eclecticismo como algunos dicen, le habría permitido aplicar su método para la comprobación de las doctrinas, principios y opiniones que sostuvieran los que militaban en escuela distinta, y las habría aceptado ó rechazado con pleno conocimiento de causa, según el resultado de su observación y de su experiencia.

No creais, señores, que quiera biografiar á Hipócrates, ni hacer una crítica exegética de sus obras; después de cuanto de él se ha dicho y ha escrito, después de haber sido tantas veces traido y llevado, me parece que su memoria merece ya más respeto, y sus cenizas mayor descanso.

No creo que haya nadie que no le conozca, pero si hubiere alguno, no tiene más que leer su *Juramento* y su *Código* para convencerse de que era un hombre honrado en toda la extensión y alcance de la palabra; y si quiere hacerse cargo de su espíritu de observación y de su acertado criterio, lea aunque no sea más que los *Aforismos*, impóngase y penétrese de las verdades que la mayor parte contienen, y verá que estas verdades no han sido empeñadas por el polvo de la historia de más de veinte y dos siglos, y que han servido de base á muchas de las con-

quistas que la Medicina ha hecho en el decurso de los tiempos.

¿Os habeis fijado en aquellos cometas que aparecen de vez en cuando en el mundo sideral, iluminando el espacio con su estela de brillante luz? Asimismo en el mundo de la Ciencia, surgen, aunque de tarde en tarde, génios que iluminan el camino del progreso con los resplandores de su privilegiada inteligencia. Unos y otros son fenómenos que se producen tan solo cuando las condiciones preexistentes determinan su aparición. Los génios son por desgracia fugaces como los cometas, pero así como de éstos, al alejarse de nosotros para seguir el curso que les imponen las leyes siderales, solo percibimos para algunos dias la luz de su estela que poco á poco va extinguiéndose, de aquellos nos restan las impresiones indelebles de la luz de la inteligencia, que como emanada de lo imperecedero, no se extingue, constituyendo, por lo contrario, las condiciones requeridas para la aparición, á su tiempo, de nuevos génios en el inundo del progreso científico.

Hipócrates, apartándose de las disquisiciones metafísicas que imperaban desde los primeros sistemas filosóficos, enseñó á observar y á experimentar para establecer un buen criterio sobre las cosas, estudiando las causas próximas de los fenómenos en tanto lo permitían los conocimientos de su época, y no las finales, objeto principal de la filosofía.

Desde entonces los síntomas fueron considerados, no como enfermedades, como los apreciaba la escuela de Gnido, sino como integrantes del hecho médico, por cuanto son la expresión externa y sensible de diversas dolencias que puede aquejar el organismo humano.

Se ha querido suponer que Hipócrates había sentido la influencia de la filosofía pitagórica al establecer la doctrina de las crísis; nó, Hipócrates, si como médico estuvo dotado de un espíritu sincrético, como filósofo fué ecléctico

de buena fé. Sus maestros fueron los Asclepíades con su Medicina tradicional, y principalmente su padre Heráclido y su abuelo Hipócrates primero; en Filosofía Demócrito y Gorgias; y con Herodías, el gimnasiarca, aprendió las primeras prácticas quirúrgicas, y los escasos rudimentos anatómicos que poseía.

De todos los sistemas filosóficos, tomó lo que pudo comprobar con su método, desechando todo lo dogmático é hipotético.

Sobre las hipótesis, precisamente, dice en su libro «*Medicina antigua*»: «Nadie está autorizado para fundar la Medicina en una hipótesis sea cual fuere; porque la medicina tiene hechos positivos de los cuales se debe partir, con preferencia á toda suposición.» Ya veis, pues, si puede acusársele de idealista.

Fué, pues, desde este momento, que la rama médica del árbol filosófico se hizo independiente. La Medicina tuvo su filosofía propia; su método, el analítico, sus operaciones, la observación, experimentación, abstracción, inducción y demás peculiares de dicho método.

Hipócrates no quiso tolerar que los filósofos continuaran imponiendo sus respectivos sistemas á la Medicina como había sucedido hasta entonces, ocasionando una peligrosa confusión en el arte de curar, y adoptando su sistema filosófico encaminado estrictamente al estudio metódico de los padecimientos físicos del hombre, y destruyendo los idealismos deducidos de las doctrinas pitagórica y eleática, construyó los cimientos sólidos donde debía descansar el edificio de la medicina, que en el decurso de los siglos erigirían los sábios de todo el mundo.

La medicina hipocrática, constituye, pues, la síntesis de todos los conocimientos antropognósicos debidos á los predecesores del ilustre médico de Coos, é inaugura el período genuinamente analítico que habrá de permitir en lo

sucesivo desgarrar el velo que encubría los secretos de las funciones del organismo.

Ya no dependía la medicina de la filosofía, sino que corría paralela á la ciencia madre; así vemos que el espíritu socrático que en lo físico, aún descontando el menosprecio que Sócrates sentía por las ciencias físico-naturales, recomendaba la observación y la experiencia, y en lo metafísico admitía la existencia de un alma inmortal, es adoptado por Hipócrates en todo lo que se refiere al hombre, considerado como ser organizado susceptible de enfermar, y es adoptado también por Aristóteles para la interpretación de las Cosmogonías, así como para los estudios Antroposóficos y Antropognósicos.

Aristóteles, el gran filósofo, el eminente naturalista, ilustre médico, en una palabra, el verdadero sábio, es el genio más colosal que se conoce en los anales de la Ciencia. Así como Hipócrates asienta la Medicina sobre las sólidas bases de la observación y de la experiencia, el filósofo derriba las cosmogonías estatuidas por los idealistas desde Pitágoras, y establece el criterio de la evidencia por los sentidos auxiliados por el raciocinio, para la explicación de los fenómenos del macrocosmos, del mismo modo que se auxilia de la Antropografía y de la Zootomía para estudiar el organismo humano comparándolo y deduciéndolo del de los animales, ya que otra cosa no le permitían las leyes de la época en que vivía, que vedaban los estudios antropotómicos.

La *historia de los animales*, que empieza con el estudio del hombre, es tan completa y minuciosa, que después de tantos siglos, es hoy motivo de admiración, y digna del mayor respeto. Dice Buffón, al hacer la crítica de dicha obra: «Esta obra de Aristóteles me ha parecido como un índice de materias extractadas con el mayor cuidado, de vários millares de volúmenes llenos de descripciones y ob-

servaciones de toda especie; es el compendio más sábio que se haya hecho jamás, si la ciencia es efectivamente la historia de los hechos; y aun cuando se supusiera que Aristóteles hubiese sacado de todos los libros de su época, lo que puso en el suyo, el plan de la obra, su distribución, la elección de los ejemplos, la exactitud de la comparación, cierto giro en las ideas que yo llamaría de muy buena gana el carácter filosófico, no dejan dudar un instante que él era mucho más rico en conocimientos que los autores de donde los pudo tomar.»

Eureka, eureka; por fin hemos encontrado la verdadera senda, por fin hemos podido introducirnos en el vasto campo del análisis. De hoy más, descompondremos para observar los hechos particulares, concretos, esperando el día de poderlos elevar á las categorías generales ó abstractas. Thales, Demócrito, Hipócrates y Aristóteles han vencido á los idealismos seculares de Pitágoras, Parménides, Heráclito y Platón; el estudio de la naturaleza y del microcosmos en sus particulares impondrá la ley, y las abstracciones deberán quedar relegadas como sueños quiméricos de cerebros desequilibrados ú ofuscados por la vanidad y la soberbia.

Cierto que en la doctrina de Aristóteles se suponen principios y causas finales y por lo tanto se le acusa de haber pagado su tributo al platonismo; más, en mi sentir, esto nada tiene de extraño, ni por consiguiente menoscaba el mérito del gran filósofo, supuesto que los principios esenciales, las causas finales, son aceptadas en todos los sistemas filosóficos. La diferencia estriba en que, mientras los idealistas de la filosofía antigua y los animistas de las escuelas modernas, todo, absolutamente todo, lo subordinan al idealismo que forma la base de su doctrina; las escuelas representadas por Thales, Demócrito y otros esclarecidos filósofos llamados materialistas, no dejan de admitir un *quid ignotum*, ó si se quiere un *quid divinum*, pero como causa primera únicamente, que pone en actividad el agua de Thales ó los átomos de Demócrito, y que es el agente de la vida según Aristóteles.

Pero dejemos, por de momento, este asunto, del que no podré menos que ocuparme más adelante, para preguntar; ¿cómo se comprende que habiendo la Medicina entrado en la verdadera vía del progreso, iniciado por el célebre médico de Coos, las luces de Aristóteles y los adelantos de la escuela de Alejandría, cayera el concepto médico casi en el olvido hasta que Galeno volvió á realzarlo con sus vastísimos conocimientos? ¿Porqué desde la muerte del médico de Pérgamo, decae de nuevo para no entrar en su verdadero camino hasta los siglos XV y XVI.

Desde la muerte de Hipócrates hasta la fundación de la escuela de Alejandría, transcurrieron cien años, durante cuyo período de tiempo la Medicina no solo no progresó, sino que, por lo contrario, empujada hácia la senda del dogmatismo, se desvió del camino del progreso.

La doctrina del gran médico de Coos, no fué fielmente interpretada por sus sucesores, quienes la exageraron, fundando el dogmatismo, que condujo á la Medicina por un derrotero bien distinto del trazado por Hipócrates, toda vez que consideraban los conocimientos adquiridos por éste, gracias á su método de observación, como principios generales, como categorías abstractas á las cuales debia subordinarse la explicación de los hechos concretos.

Los progresos que en anatomía hizo la escuela de Alejandría en tiempo de los Ptolomeos, revelan que el método analítico volvía á imponerse llegando hasta á hacer adeptos entre los ardientes partidarios del dogmatismo, pero como la ciencia ha sido en todo tiempo relegada en segunda línea por los azares de la política, de ahí que la división del imperio alejandrino, y su anexión al poder absorvente de

los romanos, las luchas que sobrevinieron despues de la muerte de N. S. Jesucristo entre el cristianismo y el paganismo, y la invasión de los bárbaros, fueron las circunstancias que hicieron sentir su nociva influencia en el desarrollo evolutivo de la ciencia, dirigiendo de nuevo á la filosofía hácia el misticismo. Renacieron otra vez las disquisiciones metafísicas, y volvimos á los tiempos de los idealismos de Pitágoras y Platón, con la sola diferencia de que, si en los comienzos de la filosofía los idealismos consistian en disquisiciones cosmológicas, en el período de que se trata, se dirigian á la finalidad de hombre, creado por Dios á semejanza suya, y dotado de un alma inmortal, único agente de la vida, responsable de todas sus acciones.

El misticismo, pues, invadió el campo de la filosofía, una vez triunfante el cristianismo en la larga lucha que sostuvo, y la Ciencia quedó desviada del camino del progreso que había emprendido.

No creais, Señores, que lo que acabo de decir constituya un ataque al cristianismo; léjos de mi semejante intención; pues, cristiano y católico me hicieron cuando nací, cristiano y católico soy, y sin duda lo seguiré siendo durante el resto de mi vida; pero me es forzoso, á fuer de imparcial, consignar un hecho que para demostrarlo basta por otra parte echar una rápida ojeada á la historia de las ciencias médicas hasta el siglo XV, para convencerse del estado de marasmo en que la Medicina se hallaba durante el período de luchas religiosas, y los primeros tiempos de la dominación del cristianismo.

¿En qué se convirtió, pues, la ciencia médica también cimentada por Hipócrates, cuyas doctrinas fueron prohijadas y aumentadas por Galeno? ¿Cuál fué el criterio médico durante la edad media?

El sincretismo filosófico, al revés del eclecticismo, que debe adoptar, ó el sistema de la ley ó el del fenómeno,

amalgama violentamente el fenómeno y la ley, é identifica todo lo conocido, fenómenos y leyes, con lo desconocido é incognoscible, lo relativo con lo absoluto, constituyendo una ciencia milagrosa á base de una divinidad reveladora de los misterios de la Creación, convirtiéndose en misticismo cuando quiere explicar el Universo, no con la afirmación científica sino con la fé.

No podía menos el misticismo de hacer sentir su influencia en el criterio médico. La exageración de toda doctrina opone siempre graves obstáculos en el camino del progreso científico y es causa á veces de su descrédito. Todos los sistemas filosóficos han contribuido á la constitución de la Ciencia, por cuanto todos han aportado datos, conceptos y hechos que han servido de punto de partida para la aparición de nuevos sistemas, de nuevas doctrinas en consonancia con el estado del progreso científico

Si los filósofos no hubiesen exagerado sus doctrinas, unos con sus ultra-idealismos y otros con sus materialismos, cerrando unos y otros con un *non plus ultra*, más para envanecerse con el dictado de sábios, que por la fuerza de su propia convicción, no se habrian desacreditado sus sistemas, ni hubieran dado lugar á la aparición del escepticismo y de las doctrinas intermediarias que como el eclecticismo y el sincretismo filosófico, introdujeron la anarquía en la marcha del pensamiento científico.

La doctrina de Cristo, la doctrina por excelencia que nos há dado á conocer el bien y el mal, regenerando la humanidad con los preceptos de una sábia moral, nunca ha estado en oposición con el progreso de la Ciencia. La doctrina de Cristo enseña á pensar bien, es decir, con criterio recto é imparcial; pensando bien, se entra en el camino de descubrir la verdad, tanto en lo moral como en lo físico.

La exageración, sistemática tal vez, de los grandes conceptos de la doctrina de nuestro Redentor, condujo á la

aparición del sincretismo científico ó dogmatismo racional y del misticismo ó dogmatismo sobrenatural (1). Con éste se trataron de explicar todas las cosmogonías, é influyendo sobre la inteligencia humana, poco cultivada en aquellas épocas medio-evales, fecundas en discordias civiles y en guerras entre los estados políticos constituidos, nos trasladamos á los tiempos del antropomorfismo pagano y de los idealismos pitagóricos y platonianos.

Los oráculos de los dioses de la idolatría pagana, estuvieron representados en la edad media por los misterios, los filtros, las brujas y las supercherías de los alquimistas; la ciencia filosófica se vió amordazada por los castigos á la heregía, y la Medicina en manos de los alquimistas hubiera perdido hasta sus nociones fundamentales, si no se hubieran conservado los escritos de Hipócrates, de Galeno y de algunos de sus contemporáneos, y si además no hubiera felizmente habido algunos, aunque pocos, esclarecidos varones amantes del saber, que sin temor á los peligros á que se exponían, prosiguieron por la senda del análisis, dotaron á la Medicina con importantes descubrimientos á despecho del espíritu teológico, y emanciparon la Ciencia, preparando el advenimiento de la escuela de Salerno. No se crea tampoco en mí, intención de menoscabar el prestigio de la Iglesia; he hecho antes mi profesión de fe. Creo que muchos de los medios coercitivos que tomaba la Iglesia en aquella azarosa época, estarían justificados, dado el estado de la inteligencia humana y la confusión que reinaba en la constitución de los estados políticos, para que le fuera posible proseguir en la realización de la obra civilizadora que había emprendido desde su propagación por el apostolado.

El fanatismo de secta ha sido intolerante en todas épocas: asi vemos en los tiempos del paganismo condenar á

(1) Por dogmatismo sobrenatural no pretendo significar las verdades sobrenaturales que conocemos únicamente por la fé.

Sócrates á beber la cicuta; y en poco estuvo que no le cupiera la misma suerte á Aristóteles, por acusársele de profesar y sostener doctrinas que menoscababan el prestigio de los dioses; vemos también en tiempos de la dominación árabe, caer en desgracia á Messué *el jóven;* Rhasés; Avicena, cuyo *Cánon medicinæ* se tradujo en vários idiomas y ejerció autoridad durante seis siglos; Averroes, notable propagador y comentarista de la doctrina de Aristóteles; y por fin, y para completar imparcialmente el cuadro, ved á Rogerio Bacón servirle de poco la protección que le diera su amigo Guido Fulcodi cuando fué elevado al sólio pontificio con el nombre de Clemente IV, y ser condenado á un encierro de catorce años sin permitirle estudiar ni escribir, por instigación del general de los franciscanos de Oxford; ved á Miguel Servet, condenado por los Calvinistas, por anti-trinitario, á morir en la hoguera; y á Andrés Vesalio quemar por su propia mano sus libros calificados de impíos y morir en un naufragio al regresar de Palestina á donde había ido para sustraerse á las sutilezas inquisitoriales de la córte de Felipe II.

La razón, pues, esa potente luz de la inteligencia con que dotó Dios á las criaturas, extraviada por el misticismo, condujo al hombre, y nótese que no digo al sábio, por el camino de las supersticiones groseras y ridículas, en su vértigo insensato de penetrar á través de la valla que encierra, los misterios incognoscibles de la divinidad, ó en el afán de hacerse árbitro á toda costa de la inteligencia de sus semejantes para imponerles sus creencias ó sus doctrinas.

Rogerio Bacón, el desdichado franciscano de Oxford, en una de sus obras que escribió por encargo de Clemente IV, proclama la grandísima utilidad que las ciencias experimentales y positivas producen á la religión y á la teología, y al indicar los motivos de error que deben sub-

sanarse para adquirir la verdad dice (1) «Cuatro son los motivos generales de todos nuestros males, que corrompieron todo estado desde el principio del mundo, y empujaron á todo hombre (excepto Nuestro Señor Jesucristo y la Bienaventurada Vírgen) á desviarse á veces del camino recto, y fuera de la última perfección, y son: los ejemplos de la frágil autoridad, la duración de la costumbre, el sentimiento de la inexperta multitud. y la presunción de la inteligencia humana; por los que cada uno se esfuerza por buscar un alivio á la propia impericia y no aprobar lo que no sabe, gozándose imprudentemente en ostentar lo poco que sabe ó que piensa saber aunque no lo sepa.»

Por su parte Goethe, en su inmortal poema Faust, pone lo siguiente en boca de Mefistófeles, dirigiéndose á Dios y aludiendo al hombre:

Ese Dios diminutivo
del pobre globo terrestre,
guarda siempre el tipo augusto
de su ridícula especie,
y aún hoy, como el primer día
me maravilla y divierte.
Tan desdichado no fuera
si en su envanecida mente,
no hubieras puesto el reflejo
de tu resplandor celeste.
Razón le llamó, y le sirve
para ser el más imbécil
de los que orgulloso nombra
«los irracionales seres.»
Con permiso de tu Alteza,
á mi el hombre me parece

(1) Figuier.—Biografía de Bacón en «La Ciencia y sus hombres.»

el cigarrón que en el campo
salta y canta eternamente,
siempre con los mismos brincos,
con la misma canción siempre.
¡Y ojalá solo en la yerba
arrastrase el sucio vientre!
Pero, no, Señor; en todo
la atrevida nariz mete. (1)

El canto sempiterno del hombre ha sido en todo tiempo ir en pos, ya del secreto de la causalidad final del Universo, ya del concepto de la vida, de cuyos misterios se obstina en desgarrar el denso velo que los encubre, sin que se quiera convencer de que constituyen arcanos que solo á la Divinidad es dable revelar y que por consiguiente las hipótesis que sobre tan trascendentales asuntos proponga, no pasarán jamás de esta categoría porque carecerán siempre de la indispensable comprobación.

Y, Señores, lo lamentable es que esta ansia eterna, generadora de una lucha estéril para la ciencia, que en sentido metafórico se podría conceptuar como emanada del espíritu de las tinieblas que se opone incesantemente á que se haga la luz en el camino del progreso, continua en las edades moderna y contemporánea, siempre con las mismas tendencias, con *la misma canción siempre*, como dice Goethe, en el pasaje citado. En una palabra, la dicotomía sempiterna, idealismo y materialismo, bautizados con otros nombres derivados de las mismas doctrinas, racionalismo, realismo, nominalismo, escepticismo sensualista y místico, etc., etc.—Y así como en la antigüedad fueron Pitágoras y Thales, Platón y Aristóteles los campeones respectivos de los dos principales sistemas, en la edad moderna, Descartes

(1) Trad. de T. Llorente.

y Francisco Bacón luchan abiertamente, sosteniendo sus doctrinas fundadas en los mismos principios de los filósofos de la sábia Grecia. Bajo el punto de vista filosófico, la lucha se establece entre el predominio de la razón pura y las ideas innatas, el *pienso luego existo* y el sensualismo Aristotélico.

La doctrina cartesiana, proseguida y aumentada por Spinosa y Malebranche, somete el cuerpo del hombre y la materia á las leyes generales de la mecánica, y explica las relaciones del alma con el cuerpo, colocando en la glándula pineal el asiento de la materia que piensa. Imagina, *risum teneatis*, espíritus animales formados de las partes más sútiles de la sangre, que corren desde el cerebro por los nervios y los músculos, ó suben del corazón al cerebro, produciendo los diversos fenómenos de la vida, y para explicar su doble acción, recurre á la *asistencia divina*, suponiendo una intervención incesante en la vida del hombre

La consecuencia de la controversia entre esta doctrina y la de Francisco Bacón y Condillac, sensualistas y analíticos, fué el predominio del criterio sensualista y del método analítico entre los sábios de várias naciones, y el consiguiente progreso en el estudio de la organización humana y de la Biología, representada por los descubrimientos debidos á Harvey, Borelli, Hayer, Pecquet, Bartolín, Wilis, Morgagni, etc., etc.

La yatro-quimia y la yatro-mecánica, originadas de las doctrinas llamadas materialistas, quisieron formar la base del concepto médico, con los humoristas y solidistas, reflejo de los sistemas filosóficos de la antigua Grecia, y á medida que la ciencia médica se enriqueció con nuevas conquistas en el terreno de la Biología, la tendencia filosófica se manifestó en disquisiciones sobre el concepto de la vida más de acuerdo con el estado de los conocimientos científicos, y aunque estériles en conclusiones positivas, más racionales en cuanto se fundaban en los adelantos de la Fisiología, y más provechosos porque empujaban á la misma, para comprobar sus proposiciones, por el indispensable camino del análisis.

Ya tenemos, pues, que entran en el palenque, Sthal con su animismo, el vitalismo de la escuela de Montpeller sostenido por Barthez y Lordach, y el dinamismo físico-químico ó vital, á cuya escuela han pertenecido en nuestros días Berthelot, Claudio Bernard, Littré, Robin, Renan, Büchner, Spencer, Macaulay y Darwin entre otros continuadores de la filosofía positivista fundada por Augusto Compte.

No he de describir los fundamentos ni los principios de dichas escuelas, por ser de todos bien conocidos, ya que son las que aún en nuestros días luchan, si bien que con poco entusiasmo, por fortuna, gracias á las tendencias positivistas que hoy dominan; pero, sin embargo, no puedo menos que consignar, que la lucha entre el animismo y el materialismo, es igual á las luchas filosóficas, entre los Jónicos y los Pitagóricos y Eleáticos, Platón y Aristóteles, es decir entre el idealismo y el sensualismo, y todos sus derivados que no he citado en el transcurso de este trabajo por considerarlo innecesario para mi objeto. Por esto decía antes, «*la eterna cuestión; la misma canción siempre.*»

Pero, Señores, ¿porqué ha de continuar semejante lucha en plena época pòsitivista? Qué beneficios reporta la Medicina de las discusiones metafísicas? Ninguno; antes bien creo que, sin que sea atacar los dogmas, puede afirmarse que, la subordinación de todos los fenómenos de la vida al principio inmaterial llamado alma, como pretende el animismo, tiende á paralizar el progreso de las ciencias biológicas, porque quiere resolver mediante la invocación de la causa final, la interpretación de los fenómenos de la vida que no acierta ó no puede explicar, y que solo el mé-

todo analítico y experimental podría conducir por el camino del verdadero criterio.

Yo, Señores, no niego el alma; muy al contrario, la debo admitir y la admito por la misma razón por la que creo en Dios. Al observar y raciocinar sobre la magnitud de la obra de la Creación, las leyes que rigen al Universo, leyes inquebrantables y eternas, no se puede menos que atribuir á la divinidad la causa final de todo lo creado; y por poco que reflexionemos sobre la gran superioridad del hombre respecto de los demás seres, superioridad debida á las dotes de la inteligencia que en él brillan como rayo divino, no podremos menos que creer en una substancia simple que creada por Dios, debe regir al hombre en la esfera de la psicología y de la moral.

¿Pero, para estudiar el organismo humano y curar sus enfermedades, hace falta ocuparse en la metafísica y por ende de la existencia del alma?

Ciertamente que nó. Pues entonces, dejemos en paz á la metafísica en las regiones del espiritualismo, y hagamos objeto de nuestros estudios al hombre, considerándolo como sér organizado y susceptible de enfermar, y al paso que haremos algo provechoso para nuestros semejantes, evitaremos que surjan doctrinas contradictorias, que sin reportar beneficio alguno á la Medicina, pongan en peligro las creencias y los dogmas, y quebranten la fé.

Me direis que estas disquisiciones derivan de la necesidad de formar el concepto de la vida, término indispensable para conocer el de la salud y de la enfermedad. Sí; concedido, pero esperad á formar este concepto en definitiva, cuando poseamos los más recónditos secretos de la organización, cuando lleguemos al determinismo absoluto, si es posible, de los fenómenos biológicos y patológicos, cuando la terapéutica, en fin, pueda erigirse como síntesis armónica de los conocimientos médicos: y en el interín, acep-

temos que *la vida es la consecuencia de la sinergía entre todos los elementos constitutivos del organismo.*

¿Os parece deficiente este concepto sobre la vida? Meditadlo bien y vereis que concilia todos los extremos; el particular de los séres organizados, el general del Universo y, si quereis, hasta el dogmático.

Con este criterio no es menester invocar, para la formación del concepto sobre la vida, como causas eficientes, la acción de tal ó cual elemento material, de ésta ó de aquella de sus propiedades físico-químicas, y recurrir al espiritualismo ó al vitalismo indemostrables, como se ha venido haciendo siempre, subordinando la definición de la vida, á la doctrina de las escuelas filosóficas que se profesen, ó á las exigencias teosófico-dogmáticas.

Los séres organizados viven, conservando la forma individual de su especie, en tanto se mantiene la sinergía entre los elementos constituyentes de su organismo y las funciones de esta sinergía derivadas; y enferman, cuando por la exageración de las funciones peculiares de la materia organizada, ocasionadas por las influencias cósmicas, ó por la acción nociva de los seres de las escalas inferiores (parásitos y fito-parásitos), etc., se pierde la sinergía, cuya pérdida puede ser transitoria, y por consiguiente reparable, ó total y definitiva, lo cual produce la muerte, ó sea la desaparición de la unidad individual, siguiendo la materia sujeta á las leyes generales del Universo.

Asimismo puede conceptuarse la vida universal; la inmutabilidad de las leyes del Universo mantiene en equilibrio los astros y los planetas suspendidos en el espacio constituyendo la vida del Universo; el incumplimiento de dichas cosmonomías, perturba la sinergía entre la pluralidad de los mundos, y dá lugar á los trastornos y cataclismos que tan bien conocen y describen los sábios que hacen á la Cosmografía objeto de su estudio predilecto.

Sentado este concepto sobre la vida en los séres organizados, se puede perfectamente conciliar la ciencia con el dogma, admitiendo para los séres dotados de la luz de la razón, para el hombre creado á imagen y semejanza de Dios, la existencia del alma como directriz de sus facultades intelectuales ó anímicas como se les ha designado muy oportunamente.

Partiendo de este criterio, puede la Medicina, sin las influencias metafísicas, avanzar por el camino que debe conducirnos al conocimiento y posesión de las condiciones indispensables para la resultancia y conservación de la sinergía elemental: siendo la Anatomía, la Histología y la Biología las ramas de la ciencia que deben facilitar los medios para satisfacer sus aspiraciones. Determinado ya el hecho biológico por medio de un concienzudo análisis, la resolución del problema patológico descansará sobre sólidos principios, y el hecho médico podrá decididamente ser considerado como síntesis de los conocimientos anatómicos, fisiológicos, patológicos y terapéuticos.

Perdonadme, Señores, que haya querido meter baza, discurriendo sobre un asunto tan difícil y atreviéndome á emitir una opinión personal, poco meditada tal vez; pero como el concepto de la vida ha sido en todas épocas la cuestión batallona entre los sistemas filosóficos, ya se haya tratado de la vida en general, ó refiriéndose á la de la materia organizada, desviando á la Medicina de su verdadero camino, he intentado proponer una fórmula, que aceptada interinamente como una transacción, ponga término á estériles discusiones, mientras la Ciencia, caminando por la senda del análisis, nos conduzca al conocimiento de todas las relaciones de un fenómeno; al determinismo absoluto.

Aun así, considero el asunto de difícil resolución. Todos sabemos que en estos últimos tiempos, es decir, desde mediados del siglo pasado, la ciencia médica ha progresado

en gran manera; la química biológica y el microscopio han hecho importantes revelaciones que han permitido formar criterios verdad sobre puntos de tanta trascendencia como que constituyen la piedra angular que sostiene el edificio de la Medicina moderna.

Boyle, Van-Helmont, Léfevre y otros, empezaron á constituir la química, derribando los empirismos de la alquimia y en el siglo XVIII, Sthal, si bien es cierto que con su doctrina fisiológica se apartaba del camino verdadero, por su sistema químico merece ser considerado como el precursor de Lavoissier, del propio modo que Descartes volviendo á la Física á su verdadero camino, fué el precursor ó introductor de Newton.

La Biología debe á Lavoissier sus mejores conquistas; la teoría sobre la calorificación animal, que derribó la del flogisto de Sthal, los estudios sobre la respiración, en mal hora interrumpidos por la cuchilla del verdugo, movida por la Convención, como si quisiera confirmar una vez más que las pasiones inspiradas por la política, relegan á la ciencia en último lugar; la acción química del oxígeno del aire en las esferas inorgánica y organizada, y otros tantos descubrimientos que integran la química moderna, sirvieron de base á las investigaciones biológicas realizadas por los sábios que en el siglo presente han contribuido al progreso de la Medicina, determinando las funciones de los órganos, aparatos y sistemas, y destruyendo los conceptos erróneos que dominaban, emanados de falsos criterios informados por las exigencias de los sistemas filosóficos y por el atraso de las ciencias auxiliares.

La Medicina, pues, siguiendo el método analítico, ha continuado avanzando en la interpretación de los hechos concretos, por medio de la observación y del experimento, y ha substituido ventajosamente las abstracciones metafísicas como informadoras de la causalidad fenomenal, por las

leyes físico-químicas que rigen asimismo la fenomenalidad del Universo.

Es innegable la revolución que la escuela positivista ha producido en la marcha del pensamiento científico, sobre todo en cuanto concierne á los estudios antropognósicos, toda vez que cancelando con mano firme el *non plus ultra* en el campo de nuestra ciencia, ha dado lugar á la aparición de nuevos génios, que por los incalculables beneficios que de su sabiduría ha reportado á la humanidad, quedará su nombre eternamente escrito en el gran libro del progreso.

Los estudios biológicos de Claudio Bernard, la teoría celular de Wirchow, fundamento de la anatomía patológica actual, y la panspermia, poderoso coeficiente de la moderna etiología, debida al genio colosal de Pasteur, constituyen las grandes conquistas de la ciencia médica del siglo XIX, que nos han de conducir al tan deseado determinismo absoluto.

Las dificultades han de derivarse en gran parte, lo propio que en los tiempos antiguos, de la exageración de las doctrinas. Cuando Wirchow dió á conocer el fruto de sus estudios histológicos, reinó en el mundo médico tan grande entusiasmo, que se elevó hasta el extremo de querer explicarlo todo por medio de la teoría celular; sin que se considerara que los progresos de la histología no constituyen mas que un nuevo paso, bien que gigantesco, en la senda del análisis fisiológico y patológico.

Cierto que las células, considerándolas dotadas de actividad, constituyen los elementos que agrupados en armonía con las leyes que rigen á la formación del género y la especie, se sintetizan morfológicamente en el individuo viviente, pero la subordinación de casi todas las enfermedades á las perturbaciones celulares, que ha llegado hasta el punto de inventar células exclusivas de algunos procesos patológicos, ha sido una exageración que se ha encargado de desautorizar el progreso de la bacteriología, cambiando de paso el concepto etiológico y patogenético de algunos padecimientos.

La bacteriología, por su parte, tampoco ha podido sustraerse á la misma tendencia, y ha querido determinar, asimismo, las relaciones fenomenales del hecho médico, por la acción nociva de los organismos inferiores, buscando en estos mismos la expresión sintética del hecho patológico, representada por la Terapéutica.

Así pues, el laboratorio bacteriológico por una parte, constituyendo la historia natural de los microzoarios y microfitos, y el histológico estudiando las modificaciones celulares en los procesos patológicos, aspiran, juntos ó independientemente, á formar la base del concepto médico, olvidando que su exclusivismo, puede conducir á lo mismo que se ha dicho de los sistemas filosóficos, al descrédito de su doctrina, que si bien será transitorio porque la verdad se abre camino casi siempre, no dejará no obstante, de entorpecer la marcha del progreso científico.

La naturaleza está muy celosa de sus secretos, y entre los recursos con que cuenta para velarlos á la inteligencia humana, hay uno que es de los más poderosos, y consiste en la ligereza con que, á veces, los hombres que se dedican á investigarlos, suelen emitir sus juicios. Dice Balmes (1) al tratar de la variedad de ingenios, que hay hombres que tienen talento para ver mucho en todo, pero que desgraciadamente, ven todo lo que no hay y nada de lo que hay; así como también hay otros que, por el contrario, «ven bien pero poco; el objeto no se les ofrece más que por un lado; si éste desaparece, ya no ven nada.»

La ciencia médica ha sentido mucho la nociva in-

(1) «El criterio.»

fluencia de estos pseudo-ingenios, quienes con sus exageraciones sistemáticas, derivadas de pueriles entusiasmos, cuando no de un afán de emulación mal entendido, ó por haber adoptado un método defectuoso, etc., han procedido con lamentable ligereza á emitir juicios que han sido una de las causas de que el criterio médico haya estado andando por mucho tiempo completamente descarriado.

Así como hasta hace bien poco los partidarios del humorismo, el solidismo, el dinamismo, etc,, han pretendido imponer sus respectivas doctrinas como base de criterio, los bacteriólogos de hoy día, buscan microbios por doquier, los cultivan para colonizarlos con objeto de conocer su vida, sus costumbres y esfera de acción, los clasifican y dan nombre, asisten á las luchas entre ellos indagando sus medios de defensa, en fin, una tarea sin límites y expuesta á serios traspiés por lo difícil que es determinar si son los microbios los agentes morbosos ó si tan solo deben ser considerados como tales las ptomainas y leucomainas por ellos segregadas.

Las exageraciones de la bacteriología, pueden, sin embargo, ser dispensadas en razón á los inmensos beneficios que ha reportado á la humanidad, sobre todo bajo el punto de vista de la etiología y de la higiene. Ya sabeis cuan ventajosa ha sido para la Medicina la revolución que en la etiología y patogenia de las enfermedades ha producido el progreso de la bacteriología, y no creo que deba ocuparme de este asunto. En lo que concierne á la higiene, bastará que os cite un ejemplo por demás convincente. Cuando en ocasión, creo que, de la última epidemia de cólera en Europa, trataron las naciones de las medidas necesarias para oponerse al desarrollo de la epidemia, Inglaterra se opuso al régimen cuarentenario y á que se cerrara á la navegación una de las principales vías marítimas por donde podía ser importado el gérmen, diciendo: «*inmunizad vuestro suelo como nosotros hemos hecho, y no temereis á las epidemias.*» En efecto, Inglaterra, aprovechando las conquistas de la ciencia moderna empleó muchos millones en estos últimos años, en la inmunización (?) de su suelo, y en la higiene de las urbes, habiendo visto disminuir en cien mil la cifra de la mortalidad, y en más de dos millones (?) la de las enfermedades.

Pero la bacteriología, aún constituyendo un verdadero progreso, no puede formar la base del criterio general en Medicina, en primer lugar porque no todas las enfermedades son producidas por la acción patógena de los seres microscópicos de las escalas inferiores, y en segundo lugar porque aún en los casos en que se ha comprobado experimentalmente que obran como causas ocasionales, no podemos explicarnos de una manera segura las destrucciones orgánicas y perturbaciones funcionales que se producen de una manera fatal y en períodos bien determinados.

De ahí resulta que la terapéutica no pueda ser la expresión sintética de la determinación fenomenal, y que asi como ayer, para oponerse á los estragos causados en el organismo por la invasión del mundo infinitamente pequeño, se preconizaron vacunas y más vacunas, que la mayor parte cayeron pronto en el descrédito, hoy todo son sueros, y no se mañana dónde iremos á parar si continuamos obstinados en seguir la corriente de tan lamentable empirismo.

En el estado actual de la Ciencia, es ya posible establecer en definitiva el criterio que debe adoptarse en Medicina: nada de empirismos, ningún idealismo, las hipótesis no deben sostenerse por más tiempo que el indispensable para elevarlas á la categoría de hechos comprobados, ó para decidirse en una disyuntiva. La observación clínica, principio fundamental de la doctrina Hipocrática, y la experimentación en el laboratorio y en la misma clínica, integran

el método que debe seguirse para la determinación de las relaciones fenomenales. La clínica por sí sola, no llena las condiciones necesarias para pensar bien sobre el hecho médico; le es indispensable el concurso de la biología, de la histología é histogenia, del laboratorio bacteriológico y de las ciencias auxiliares.

De la misma manera, estudiando los séres microscópicos considerados como agentes patógenos, y las alteraciones anatómicas que producen, tampoco entraremos en posesión del verdadero criterio, porque careceremos del conocimiento de los síntomas como espresión fenomenal, así como de la marcha evolutiva del proceso que ha perturbado la sinergia entre los elementos del organismo.

Entre la clínica y el laboratorio debe haber una relación constante, una série continuada de silogismos, tanto más difíciles de establecer cuanto más desconocidos sean los extremos ó el término medio, siendo ésta la única manera de avanzar por el camino del determinismo.

Las tendencias positivistas de la filosofía de la época actual, han influido notablemente en el progreso y aún en la exageración de la bacteriología, toda vez que las conquistas alcanzadas por el génio de Pasteur, en mal hora perdido para la ciencia, y cuya memoria no ha de extinguirse jamás, satisfacen al espíritu de la época, ya que tienden á la profilaxia y tratamiento de una série de enfermedades que de contínuo azotan á la humanidad; pero no llenan todas las aspiraciones científicas, ya que el objeto primordial debe ser la investigación de las circunstancias en que se verifica la sinergía elemental como condición precisa para la vida dentro de la unidad morfológica individual, así como para la salud como resultante del funcionalismo normal de la organización.

La histología es sin duda la que mejor puede conducirnos á la solución del problema; ella debe decirnos auxi-

liada de la biología, las condiciones indispensables para que se conserve y propague la unidad específica; y en lo que se refiere al hecho patológico, no solo nos pondrá de manifiesto las perturbaciones elementales sino que nos dará razón, auxiliada de la clínica, de las relaciones del fenómeno patológicc con la ley biológica.

Considero muy difícil llegar al determinismo absoluto, y no digo imposible porque en mí sería una contradicción, una vez que entiendo que debe ser cancelado para siempre el *non plus ultra* del estandarte de la Ciencia.

El estado de floreciente progreso de las ciencias auxiliares, ha permitido conocer perfectamente el funcionalismo de muchos órganos y aparatos; pero esto no basta, porque nuestra organización, considerada en conjunto, como unidad individual, se producen fenómenos de mucha importancia y trascendencia que hasta ahora pertenecen todavía á la categoría de los indeterminados.

Cómo explicar, por ejemplo, la especial disposición de los individuos de una misma familia, á enfermar de ésta ó de aquella manera? No vemos muchas veces vários hermanos contraer á una misma edad idéntico padecimiento, que á su vez sigue un curso clínico muy parecido? Porqué ciertos individuos gozan de inmunidad para las enfermedades infecciosas, al paso que otros se hallan notablemente predispuestos á contraerlas? Sería apartarme de mi tema si me ocupara de este asunto, sobre el cual tanto se ha dicho y queda aún por decir, pero debo sin embargo consignar, que cuantas explicaciones hipotéticas se han aducido, no pueden ser admitidas, porque el conocimiento de las energías elementales, que, en mi entender es indispensable para explicarnos los medios de resistencia y defensa del organismo, debe ser precedido de la determinación de las condiciones que son necesarias para que tenga lugar la sinergía entre los elementos, asunto, que, como se comprende, debe re-

solverse precisamente porque encierra el concepto de la vida y el de la salud.

Voy á concluir: el criterio médico debe consistir, Señores, en una aplicación práctica del positivismo de la ciencia.

El estudio analítico, atento y minucioso de los hechos particulares por medio del escalpelo y el microscopio por una parte, y la observación y experimentación clínica por otra, deben constituir el método que es necesario seguir para llegar al determinismo fenomenal, excluyendo del todo las abstracciones metafísicas, que nos conducirán siempre á lo improbable é indeterminado, empequeñeciendo la ciencia que profesamos.

La Medicina necesita de muchos hombres como Ramón y Cajal, cuyas afirmaciones histológicas son consideradas como irrefutables por el mundo científico, porque son fruto de un perseverante estudio analítico y de atenta y profunda observación. Unidos sus trabajos de laboratorio con los debidos á los eminentes clínicos, que no nombro ninguno porque no quiero ofender la modestia de los que me escuchan, es posible que lleguemos un día á constituir con la determinación fenomenal, la síntesis del hecho médico.

Tan largo es el camino como numerosos los obstáculos que lo hacen en extremo dificultoso, fatigando al espíritu mejor templado, y obligándole muchas veces á desviarse, emprendiendo tortuosas sendas. Pero si volviendo la vista hacia atrás, consideramos las conquistas que en el terreno de la ciencia ha alcanzado el hombre, arrebatando, á fuerza de constantes y asíduos trabajos, no exentos de peligros y dificultades, muchos secretos á la naturaleza, de los cuales se mostraba tan celosa, encubriéndolos con el denso velo del misterio, nuestro ánimo se conforta, se vence la fatiga, y renaciendo la esperanza, emprendemos de nuevo la marcha guiados por la brillante luz de la estrella del progreso, fija siempre nuestra mirada en el anchuroso horizonte para descubrir el sitio en donde se encuentra la síntesis de la ciencia, y al posesionarnos de ella como premio á nuestros trabajos, henchido nuestro corazón de gozo, exclamar *Eureka*.—Ya me conozco.

He dicho.

CONTESTACIÓN

DEL

Dr. D. Eduardo Bertrán y Rubio

ACADÉMICO NUMERARIO

Ilmo. Sr.:

Señores:

Ya habeis oido al Dr. Roquer Casadesús.

Dos principales méritos tiene, en mi sentir, el discurso que acaba de leernos; y aunque no tuviera otros (que sí tiene muchos más), aquellos por sí solos lo avalorarían y harían lo merecedor de aplauso.

En primer lugar, supone un estudio, sino profundo, extenso, pero siempre fatigoso; más que más aplicado á materia nada amena de suyo, y que tanto difiere de la que es objeto habitual de las aficiones médico-literarias del autor. —En segundo lugar, su trabajo representa un acto de deferencia hácia la Academia, y de respeto á una prescripción de sus estatutos, no tan rigurosos en esto que no hubiera sido posible sortearla con facilidad para elegir tema más del agrado del disertante, y de más seguro lucimiento.

Estoy por decir que hay en ello algo de abnegación por parte del Sr. Roquer, porque no podía ocultarse á la perspicacia de S. S., que no están los tiempos para investigaciones filosófico-retrospectivas, ni somos los médicos, por lo general, nada aficionados á semejantes estudios, y que, al echar por este camino, se ponía á sabiendas en peligro próximo de cansar la atención del auditorio.

Y, si en tal riesgo se ve mi querido colega, ¿qué no ha de sucederme á mí, precisado á hablar despues de él, y sobre el mismo asunto, esto es, sobre un asunto en el cual carezco de toda competencia y no poseo otra erudición que la prestada?

El compromiso, sin embargo, era inevitable, porque arranca de antigua deuda de amistad; amistad franca y leal, no falseada nunca, ni jamás oscurecida; amistad *heredada* por el Sr. Roquer, puesto que brotó cuando su padre y yo, á la sazón ambos jóvenes y entusiastas, aquí, en esta misma sala hecha arena de científico torneo, rompimos nuestras primeras lanzas, codiciosos de conquistar la preciada honra de poseer un título igual al que ahora concedeis al hijo de uno de aquellos dos veteranos académicos.

¡Dichoso hijo, y dichoso padre! El uno en lo más lozano de la vida, en la plenitud de sus bríos de mozo, y ya con una historia científica y profesional esmaltada de hechos brillantes y de méritos reconocidos; el otro con la cabeza orlada de canas, atesorando copioso caudal de saber y de experiencia, fruto sazonado de largos años de estudio y de aprovechada práctica, y con las actividades de su espíritu todavía frescas y despiertas. Los dos pueden hoy sentir el puro placer y disfrutar la legítima satisfacción de verse unidos en la vida común de esta Academia: representante el viejo de la generación médica de *los que ya nos vamos;* personificación el joven de la generación *que llega* á traernos el calor, la nueva savia y el generoso impulso de que han menester, para no enfriarse y atrofiarse, las entidades corporativas como la nuestra.

Yo quisiera, señores, en este momento, al contestar al discurso del Dr. Roquer *junior*, ofreceros algo que valiera la pena de ser escuchado ó de ser leido; pero ya he confesado antes que no me siento con ánimos para tanto. Habré de contentarme con apuntar alguna que otra observación, no

reparos ni objecciones; y mi amigo tendrá que aceptarme la buena voluntad con que, por él, me pongo en un empeño del cual no es fácil salir bien librado.

Acaso mañana mismo, algún erudito ó crítico á cuyas manos vayan á dar estas páginas, las hojee con desden y, al ver su poca substancia y menos arte, las eche al cesto de los papeles inútiles exclamando:

«*Tractent fabrilia fabri.*»

Si empieza el Dr. Roquer por considerar la Medicina como *una rama desgajada del arbol de la Filosofía*, tiene al fin que confesar que, desde el punto en que, con más ó ménos propiedad, comenzó á llamarse *Ciencia*, ha sido disciplina aparte, antes hijastra que no hija de la Filosofía, porque no ha nacido de ella, pero ha sufrido su influjo, su autoridad, su gobierno y aún su tiranía, durante muchísimo tiempo.—La madre natural y legítima de la verdadera Medicina fué, y no podía ser otra, la observación directa del hombre enfermo, auxiliada de la experiencia y de la experimentación; y á su engendramiento hubo de concurrir el conjunto de datos aportados por la observación y el estudio del hombre sano.—Nació debil y vacilante; que ninguna ciencia fué jamás parida como Minerva, de una pieza y armada.—Al igual que las otras ciencias de aplicación inmediata, la Medicina, que ha de aplicarse al socorro de *una urgencia* tan antigua y tan duradera como la vida del género humano, tiene por precisión que resolverse en *Arte*. Sólo que aquí, por la fuerza misma de la *urgencia* susodicha, se da el caso, á primera vista paradógico, de que el arte haya comenzado antes de constituirse la ciencia. Arte rudimentario, tosco, de mal trabada armazón y desigual contextura..... más que *arte de curar*,

montón disforme de prácticas curanderescas, producto primitivo de una inteligencia todavía inculta, espoleada por el instinto y enderezada al fin utilitario de satisfacer apremiante necesidad.

Cuánto trabajo debió de costar el reunir los primeros materiales para ir construyendo la ciencia, y cuánto tiempo debió de emplearse en ello en aquellas remotas edades de la humanidad que, con rápidos rasgueos, nos ha esbozado el Dr. Roquer, eso cualquiera puede suponerlo; pero S. S. ha tomado la cosa desde tan lejos, que ha estado á pique de pintarnos un hombre que evoluciona por modo darviniano, ó que recuerda así, algo como la imaginada estátua de Condillac.

Por qué?—Lo ignoro.—El novel académico ha hecho profesión de fé católica, y yo le felicito por ello; que bien puede decirse que da muestra gallarda de viril energía quien siente la fuerza dé sus creencias, y en público las confiesa y las mantiene, sin que sean parte á enflaquecer su buen ánimo falsos respetos humanos ó cobardes vacilaciones Pues bien: por lo mismo que el Dr. Roquer se coloca franca y desembarazadamente en el terreno firme de la ortodoxia, era natural que hubiese comenzado por considerar al hombre primitivo como lo que en realidad fué después de su existencia paradisiaca: un ser *caído*, un ser sobre quien cargaba la doble pesadumbre de la culpa y del castigo, si bien templada la crudeza de la pena por la promesa de la redención. Pero, caído y todo, el hombre del Génesis no es el hombre de Darwin; no es la resultante de interminables evoluciones transformistas; es el tipo de una especie superior; la obra maestra de la Creación, el hijo del Creador hecho á imagen y semejanza de su Padre. Si pierde por su primera falta la soberanía que se le otorgara:

«Si el Rey universal de lo creado
»es el doliente Rey de la desgracia,»

y se ve reducido á la misérrima condición de tener que ganarse el pan con el sudor de su rostro, y se siente agobiado por las enfermedades y la muerte, no por eso dejan de lucir en su frente los destellos divinos de aquella inteligencia que le fué infundida para que ejerciera dominio sobre los brutos de la tierra, los peces del mar, y las aves del aire; para que se deleitase en la contemplación de la innenarrable hermosura de la Naturaleza, y entonáse un himno ferviente de gloria, sublime canto de adoración en el grandioso Hossanna al Dios de las alturas.—No: *el hombre caído* no es el hombre *incipiente*, cuyas facultades psíquicas *embrionarias* se van desarrollando paulatinamente excitadas por el estímulo de las impresiones exteriores; es el hombre con los sentidos y las potencias del alma ya formados y completos ó, si preferís que hablemos á lo naturalista, el animal racional con todas las cualidades y propiedades físicas y psicológicas que específicamente le caracterizan y diferencian.—Lo *incipiente* en las primeras edades, no es el entendimiento del hombre, sino la ciencia, es decir, el producto, el resultado útil del trabajo del entendimiento que, con rudo trabajo, tropezando y cayendo mil veces, tiene que abrirse paso á través del tiempo y de la obscuridad de lo ignorado. A medida que se va sabiendo algo crece el ansia de saber más; y, de tanto en tanto, el hombre (que guarda siempre en lo íntimo de su ser algo de la soberbia del ángel rebelde), llega á formarse la engreidora ilusión de que sabe todo lo que se puede saber. Y, si reunido el primer manojo de verdades, logra levantar sobre ellas el andamio de un *sistema filosófico*, no es raro que pretenda ejercer *patronato*, cuando no *feudo* y *dominio*, sobre todo el territorio intelectual que descubre desde la cima de su científica maquinaria.

Si la Medicina pre-hipocrática y la de la misma escuela de Cnido caen dentro del *feudo*, es porque no saben

salirse del *territorio,* porque no se atreven á andar solas, porque para estos movimientos de emancipación las ciencias, como los pueblos, necesitan del poderoso empuje de un genio liberador. Hay que llegar á Hipócrates para ver la doctrina médica cimentada sobre las bases firmísimas de conceptos que no son privativos de ninguna escuela filosófica, sino patrimonio inalienable de esa otra *filosofía del buen sentido* que, aunque no ande escrita en abultados volúmenes, persistirá siempre á través de los siglos, de las revoluciones, de las modas y veleidades del espíritu humano.

No soy tampoco yo, Sr. Roquer, de los que adoran á Hipócrates como á *padre único de la medicina;* líbreme Dios de formar en esa falange de admiradores fanáticos que le tributan culto idolátrico, y que sueñan en una restauración que consistiría en retrogradar hasta cuatrocientos años antes de J. C.—¿Qué falta nos hacen hoy, ni de qué apuros nos sacarían la fisiología y la anatomía, las teorías médicas, ni la intención filosófica de las obras de Hipócrates.?—Como dice muy bien el Dr. Letamendi, «... todo ello, salvo los »hechos concretos de experiencia contenidos en su Aforís»tica y esparcidos en el resto de sus obras auténticas, no »pertenece á Hipócrates; pertenece á su tiempo, y con su »tiempo murió para no volver.»

No necesitamos, pues, tornar al siglo del Anciano de Coos para rendirle justo homenaje de admiración y aceptar el espíritu de su doctrina; pero hay que ver sin prevención y estudiar con serenidad lo que constituye el mérito real de Hipócrates.

Ya lo ha expresado también por inimitable manera el Dr. Letamendi.

«Lo propio de Hipócrates, (dice), lo que constituye su »espíritu, su personal grandeza y por lo tanto, su prestigio »histórico y lo que en cualquier siglo en que Hipócrates resu-

»citara tornaría á constituir su inmarcesible gloria como pen»sador y como clínico, es la subordinación de la observación »y la experiencia al concepto individual del hombre. La idea »neta de un todo, formado de partes conexas, sin principio »ni fin en su diversidad y subsistencia; la idea de unidad, »donde los órganos se resuelven todos en un organismo, »las funciones todas en una vida, y el organismo y la vida, »ó lo anatómico, lo fisiológico y lo psicológico en una enti»dad teórico-práctica llamada *naturaleza* ó *phisis*, esto es »lo que hay de individual, de privativo, de sensato, de in»destructible en el fondo del pensamiento de Hipócrates.»

Y me he apoyado en el sentir del Dr. Letamendi, porque sé muy bien que el nuevo académico le tiene en mucho, y respeta y acata la autoridad del que fué nuestro inolvidable maestro, honra y orgullo de la cátedra y de la literatura médica española, conspícuo y originalísimo restaurador del espíritu individualista hipocrático, «en lo que éste ha teni»do de práctico salvador para el pasado, y en lo que el pro»greso, rectamente dirigido, puede fortalecerlo para señorear »el porvenir.» (1).

Con tan valioso fiador, pienso que el Dr. Roquer no tendrá reparo en admitir por buena mi opinión, y quizás se decida á modificar la suya en el sentido de reconocer que la fama de Hipócrates no habría sobrevivido á la efímera (si acaso la tuvieron), de sus antecesores y contemporáneos, si se hubiera fundado sólo en la aplicación del criterio empírico ó de observación á la medicina, porque ni él había inventado el método, ni fué el primero en aplicarlo; se trazaban historias clínicas siglos antes de Hipócrates, y han seguido trazándose después tan bien trazadas como las suyas, y sin embargo, entre tantos Asclepiades, entre tantos discípulos de la escuela de Cnido, el genio de Hipócrates es

(1) Letamendi.—Introducción al «Curso de Patología general.» Pág. 13.

el único que ha dejado huella indeleble y gloriosa, el único de aquel siglo (por cierto no escaso en hombres notables en toda suerte de disciplina), *el único* que no ha pasado por el cielo de la ciencia con curso de meteórica rápidez como aquellos *cometas* de que el Sr. Roquer nos ha contado que no dejaban en pos de si más que una estela luminosa fugaz y transitoria, sino al contrario, marcando un surco de luz perdurable ó, para hablar sin metáfora, «fijando en antro-»pología la unidad individual; en medicina la consi-»guiente unidad patológica y terapéutica; en el método la »observación y la experiencia; en la práctica del arte una »sensatez, un sentido clínico admirable, y una ejemplar »conducta vinculada en aquella sublime máxima, *donde »está el arte allí está el amor al prójimo*, y por encima »de todo ello, el genio de organización y de expresión con »que dió forma y vida á todo el saber transmitido por diez »y siete generaciones; hé aquí, en conjunto, lo que hay de »imperecedero en Hipócrates». (1)

Bien merece, pues, ser considerado como prototipo del *Vir probus medendi peritus*.

Y mejor que á nadie, á él pudo aplicarse el siguiente apotegma de Scalígero:

Famæ, beatus, qui supervivit suæ, et vivus meruit interesse laudibus (2).

¿Cómo se las hubieron los sucesores de Hipócrates con la obra de su maestro? Herederos de una doctrina médica que, por lo menos, tenía la ventaja de poseer un principio y un método que ella había encontrado, la desviaron de su

(1) Letamendi—Loc. Cit.

(2) No ha faltado quien haya querido regatearle á Hipócrates su merecida fama, alegando, con ánimo mezquino, que la obra del médico de Coos no fué solamente suya, sino que para llevarla á feliz remate se sirvió del trabajo acumulado por sus antecesores. Muy oportunamente contesta á este reparo el Dr. Letamendi con el siguiente notable párrafo: «La preparación de todo humano progreso es siempre la obra pacien-»te de muchas generaciones, pero el progreso mismo, el paso, la entrega del resultado »útil de aquellos esfuerzos á la humanidad entera, suele ser obra de uno solo y á ese »es á quien la historia inmortaliza.»

antiguo cauce, la falsearon y la esterilizaron.—Si unos exageraban su importancia, su alcance y su perfección hasta el punto de creer que no podía ni debía añadírsele ni cambiarle una tilde, otros la rechazaban en absoluto por enranciada é inservible; muchos la elogiaban y ponían sobre las niñas de sus ojos, pero aplicaban servilmente la letra sin penetrar el sentido; algunos se contentaban con repetir en todos los tonos lo de *medicus philósophus quassi divinus*, del mismo Hipócrates, y pensaban hacerlo bueno enmarañando la Medicina con las continuas, híbridas y á menudo pueriles discusiones de los filósofos de entonces, muy parecidos en lo de disputadores, soberbiosos é intransigentes á los más de los filósofos de todos tiempos y países.

Si en aquellos días hubiera resucitado el gran Hipócrates, es seguro que se habría vuelto á morir de despecho; pero si hubiera resucitado cuatrocientos años más tarde, al encontrarse con Galeno le habría estrechado en fraternal abrazo y, unidos ambos colosos, quizá habrían constituído una Medicina capaz de atravesar, sin deshacerse, el azaroso, revuelto y para nuestra ciencia estéril período de la Edad Media.

De la historia de éste período nos ha dado un sucinto apuntamiento el señor disertante.—Por él habeis podido ver cómo los notables progresos iniciados por la escuela de Alejandría en el terreno de la Anatomía y Fisiología, continuados, aumentados y completados despues por el sábio médico de Pérgamo, al morir éste quedaron en suspenso nada menos que hasta la aparición de Vesalio Plazo asaz de largo, durante el cual la Medicina arrastra una existencia más de retroceso y decaimiento que de simple parálisis, manoseada por imitadores, comentadores y parodiantes de las obras de Hipócrates y Galeno, y maltratada además y embarullada por filósofos, filosofistas y filosofastros, alquimistas, astrólogos, mágicos, milagreros, cabalistas y brujos.—¿Qué

figuras de médicos de algun fuste aparecieron en aquellos siglos? Ninguna, salvo contadas escepciones, honrosas para nuestro país, pues casi todas ellas son de médicos españoles.

Y no podía suceder de otra manera.

Rodaba el mundo de cataclismo en cataclismo, y los restos de la ciencia antigua buscaron refugio salvador en los sombríos claustros de los cenobios. Son aquellos tiempos los de los grandes teólogos y de los grandes herejes, pero no de los grandes médicos; porque todas las actividades científicas de los pocos que al estudio se consagraban, tenían que aplicarse á la apremiante necesidad de asentar sobre los quicios del Cristianismo, la organización política y social de unos pueblos constituidos por los hijos recien bautizados de aquellas hordas bárbaras que habían arrasado á sangre y fuego el podrido Imperio de Occidente.

Semilla de verdadera ciencia esparcieron después varones como S. Isidoro, Lanfranco, S. Anselmo, S. Bernardo, Hugo y Ricardo de S. Victor, Pedro Lombardo, y Alberto Magno; sin que dejara de haber otros como Amaury de Chartres y David de Dinand, que abiertamente enseñaran el panteismo.

Hacía falta, sim embargo, un genio poderoso que redujera las doctrinas de Aristóteles y de sus comentadores árabes á un sistema completo que satisficiera las necesidades intelectuales de la época y se armonizara con el dogma de la Iglesia.

Este genio pudo serlo en España Ramón Lull; y lo fué en toda Europa Sto. Tomás de Aquino, (1) portento de su tiempo y asombro del nuestro, el admirable autor de la

(1) A diferencia de Abelardo que, queriendo cristianizar á Platón se paganizó él, dando en lamentables heregías, Sto. Tomás logró cristianizar á Aristóteles, de quien no sólo tomó el método sino también lo esencial de la doctrina.—No fué, pues, un filósofo *original* en el sentido riguroso de la expresión. Lo que constituye principalmente su mérito, es lo que en él alaba S. S. León XIII: *el haber reunido y congregado los miembros antes dispersos.*

Summa, el fundador de la doctrina escolástica que, hoy en día, vuelve á hacer sentir su corriente avasalladora, después de haber señoreado los espíritus desde el siglo XIII, hasta el XVI, aunque no siempre en paz, sino reciamente combatida, sobre todo desde el final de la décimaquinta centuria.

«Dos lados flacos tenían las escuelas peripatéticas (dice »nuestro insigne Balmes): la negligencia en las formas, ó »sea en el estilo y lenguaje, y el descuido de las matemá»ticas y ciencias naturales.» (1)

A mi ver, otro defecto grave tenía también el escolasticismo, ó, mejor dicho, tenían los escolásticos sucesores de Sto. Tomás: el espíritu de exageración y de disputa, y el afán de sutilizar hasta hacerse enfadosos é inaguantables, despertando así *la santa ira* de los hombres del Renacimiento.

¿Qué había de ir ganando la Medicina con todas las escaramuzas, batallas y rebatos, primero entre *nominalistas* y *realistas*, después entre *lulianos*, *tomistas*, *escotistas*, *suaristas* y *vivistas*, y antes y después y siempre con todo aquel revoltijo y mescolanza de las doctrinas de Pitágoras, de Parménides, de Platón, de Zenón *el escéptico*, y de tantos otros, casi todos mal resucitados y peor traducidos? ¿Qué substancia ó qué raíz de progreso valedero había de sacar nuestra ciencia, verbigracia, de los escritos y de las polémicas sostenidas contra los escolásticos por un Lorenzo Valla en Italia, ó un Pedro Ramus en París? ¿Qué de las obras de Paracelso, amalgama monstruosa de la cábala con la Medicina, la Química y la Teología, ó de las de Policiano y Cardan, que se iban al eclecticismo á su manera, ó del «*De re scibili*» de Pico de la Mirandola, ó de las enseñanzas panteistas de Giordano Bruno?

(1) Balmes.—«Historia de la Filosofía».—Pág. 12.

Pero, á bien que ya se acercaban otros tiempos y con ellos Bacon y Descartes, verdaderos génios revolucionarios de la ciencia del Renacimiento, que habian de influir grandemente en los derroteros del espíritu de investigación científica, y, por lo tanto, también en los de la Medicina.

Ni por un momento cabe poner en duda la importancia de aquellos dos hombres extraordinarios; pero es muy común y corriente considerarles como los primeros que establecieron el método de observación y de experiencia aplicado al estudio de la Naturaleza; con lo cual, paréceme que incurrimos en un error y cometemos una injusticia, porque injusto es dejar en el olvido al monge Gerberto (después Papa Silvestre II), á quien debe Europa en el siglo X los primeros pasos en las ciencias naturales y singularmente en las matemáticas, y á Rogerio Bacon, el franciscano que, tres siglos antes que el ilustre Canciller Bacon, habia establecido el susodicho método; bien así como S. Anselmo, al combatir los conceptos heréticos de Roscelin, formulara con cuatrocientos años de anticipación á Descartes, el fundamental raciocinio que tanta celebridad dió al filósofo de la Haya.

Los españoles, que solemos pecar de negligentes en asuntos de investigación bibliográfica, al elogiar sin reservas ni reparos á Bacon y á Descartes, hacemos por lo regular caso omiso de nuestro incomparable J. Luís Vives, que habia sembrado los gérmenes del *baconismo*, del *psicologismo* escocés y del *cartesianismo*, y nos pasamos tambien en silencio las obras de Molina, Vázquez y Suárez.

»De los libros de L. Vives (dice D. Gumersindo La»verde) (1) Juan de Vallés, Fox Morcillo, Henao, Bernaldo »de Quirós, Arriaga, Valdés, Oliva de Sabuco, Gomez Pe-

(1) Prológo al libro «La Ciencia Española» de Menéndez Pelayo.

»reira, etc., (1) sacó ó pudo sacar Descartes *la duda me»tódica*».—Y lamentándose de que los historiadores y críticos franceses no mencionen entre los precursores de Descartes á los filósofos peninsulares, exclama: «Hay sabios es»pañoles que imitan en esto á los franceses, y que creen que »puede escribirse la historia del saber humano, sin con»tar para nada con España. (2).

Perdonadme, señores, esta breve digresión, y no me la lleve á mal el Dr. Roquer; que no he intentado con ella suplir deficiencia alguna de su discurso, ni mucho menos contradecir sus aficiones.

Estoy convencido de que el ilustre canciller de Jacobo I de Inglaterra sentía la necesidad de reconstruir el edificio de la ciencia de su tiempo, fundándolo en la observación de los hechos y en la generalización inductiva sintética; pero tampoco me negará el Dr. Roquer que Bacon, hasta como metodólogo, es muy inferior á Vives, el cual fué

(1) De Gómez Pereira, sacó tambien Descartes la absurda doctrina de negar el alma de los brutos, suponiendo que todo en ellos era resultado de un puro mecanismo. En Diógenes cínico, y en algunos estoicos griegos, pudiera hallarse el origen de aquella peregrina idea, hoy ya completamente abandonada, á pesar del prestigio de que todavía gozan los escritos de Descartes.

(2) La obra de la reivindicación de nuestras glorias científicas, la ha cumplido monumentalmente nuestro incomparable Menéndez y Pelayo en sus preciosos y sólidos estudios sobre «La Ciencia Española».—Yo siento que el Dr. Roquer, en cierto párrafo de su discurso, se haya hecho partícipe de errores de crítica ya victoriosamente combatidos con datos irrecusables, principalmente por el mismo Menéndez Pelayo. Basta hojear su citada obra para convencerse de que nunca ha sido España tan *estéril* en ciencia como han supuesto y propalado algunos críticos de nuestros días, que han atribuido además dicha pretendida *esterilidad* á la *intolerancia religiosa* y á la tiranía de la Inquisición que *ahogó* por completo nuestro espíritu científico, sobre todo durante los tres últimos siglos. Basta, repito, pasear la mirada por las substanciosas páginas de «La Ciencia Española», para ver que en ninguna otra época, ni en ninguna otra nación, fué tan abundante la producción de obras de toda suerte de disciplinas como en España, y durante aquellos siglos, que bien pueden llamarse los siglos de oro de nuestra ciencia, de nuestra literatura y de nuestras artes.

Del «*Inventario bibliográfico de la Ciencia Española*» de Menéndez y Pelayo, extraigo las notas referentes á la Medicina Española que van como *apéndice* despues de este discurso. Tal es la abundancia de los datos reunidos por el ilustre autor del «*Inventario*», tan atinadas y juiciosas las observaciones con que los avalora, que este solo trabajo bastaria para autorizar la fama de que goza el Sr. Menéndez y Pelayo, si otros muchos, á cual mas sólido y admirable, no hubieran dado a su nombre, dentro y fuera de España, celebridad tan grande como merecida.

además acérrimo enemigo de la Edad Media y del Escolasticismo, innovador y revolucionario en grado sumo, (1) que tronó contra las viejas enseñanzas en sus siete célebres libros «*De causis corruptarum artium*», que fué en fin (según la expresión de Lange) (2) *el mayor reformador de la filosofía de su época, una de las inteligencias más luminosas del siglo XVI, y que tuvo la intuición de los verdaderos principios del estudio de la Naturaleza.*

No consiguió Bacón, más débil que su predecesor y maestro, derrotar la filosofía peripatética que á la sazón ejercia casi mero-mixto imperio sobre los estudios, y por consiguiente no pudo realizar la intentada reorganización. Muchos piensan que para ello hacía falta un genio colosal que, abarcando por entero la ciencia, conciliara Aristóteles con Bacón, y empujara al espíritu humano hacia una doctrina sana basada en el dogma católico.

¿Fué acaso Descartes ese genio? A mi entender no. Sin negarle las cualidades superiores que todos le reconocen de pensador profundo y habil reformador, la *duda metódica* que tomó por punto de partida, sobre no ser original, resulta procedimiento defectuoso que, mal interpretado además y peor aplicado por la mayoría de sus discípulos, engendró el *espiritualismo absoluto* y el *misticismo* de Malebranche; el *racionalismo* (que no tardó en divorciarse de la Revelación); el *ideologismo sensualista* de Locke, de Condillac y de Destut de Tracy; el falso *vitalismo* de Bichat; el *fisiologismo* de Cabanis y de Broussais; el *organicismo*, y todo el enjambre de sistemas materialistas que hoy día nos zumban en los oídos, sombra ó reflejo más ó ménos fiel, casi siempre movedizo y fugaz, de sus aborígenes los materialismos de Helvetius, de Lametrie, de Voltaire, de Hume y de Diderot, á su vez hijos ó nietos de los sistemas de Epicuro y de Lucrecio.

(1) Como Fox Morillo (platónico-conciliador), Gomez Pereira, etc.

(2) Historia del Materialismo.

Será quizás cortedad de alcances mía; pero no acierto á comprender de qué grandes beneficios le somos deudores los médicos á Descartes. Descomponiendo al hombre para estudiarlo, separó el alma y el organismo, y condujo á los médicos del Renacimiento al extremo, deplorable por anticientífico, de tener que fundar en el solo estudio del organismo toda la Antropología. Quedaba, pues, otra vez destruída la unidad, deshecho el concepto individualista aplicado por Hipócrates al sujeto clínico, y que, bien ó mal, se había ido sosteniendo durante los siglos anteriores, sobretodo en España.

Leibnitz, conciliador del sensualismo de Bacón con el espiritualismo de Descartes, no consiguió tampoco completar la regeneración científica intentada por sus antecesores. Ménos mal si ahí se hubiera quedado su sistema filosófico; pero todo el mundo sabe que con su *harmonía prestabilita* y sus *mónadas* (con ó sin *apercepción*), fecundó en mal hora los gérmenes del *neo-panteísmo*, y aún contribuyó á la eclosión de las ideas volterianas y del filosofismo del siglo XVIII, que arrancan en gran parte de los tratados de la *Razón suficiente*, y del *Optimismo*.

Si es cierto, como afirma el Dr. Roquer, que de las controversias entre *cartesianos y baconianos* resultó al fin el predominio en la ciencia del criterio sensualista y del método analítico, digo y repito que tampoco esto fué en *beneficio directo* de la Medicina. Los progresos por entonces y desde entonces realizados en el estudio de las ciencias físico-químicas y en las biológicas, indispensables para el adelantamiento de las médicas, habrían podido impulsar á estas por camino recto. Cada nueva verdad adquirida, cada descubrimiento hecho en aquel terreno, podían ser y debieran haber sido *materiales acumulados* para recons-

tituir la Medicina; pero no eran ni podían ser, y menos por turno de moda, principio fundamental de la ciencia médica en su totalidad. Y sin embargo, el entusiasmo de los físicos y de los químicos, de los anatómicos y de los fisiólogos ayudado de la exageración en el modo de aplicar el análisis, condujeron á deplorables extremos.—Descartes había comenzado por *descomponer* la personalidad humana en organismo y espíritu: los médicos continuaron *desmenuzando* el organismo pieza por pieza y fibra por fibra, y á puro analizar y más analizar, llevaron su estudio hasta los últimos elementos, y con tanto fijarse en cada uno de ellos, acabaron por perder de vista el conjunto, olvidando el *consensus unus conspiratio una*; procedimiento desatentado y pernicioso que, aún en nuestros días, hace sentir sus efectos y que, extremado por ciertas escuelas y conspícuos maestros, comienza ya á escandalizar á los mismos apóstoles del análisis indefinida, que se llaman observadores y escudriñadores incansables del *hecho* y nada más que del *hecho*.

Yatroquímicos y yatromecánicos, humoristas y *solidistas*, con todas sus derivaciones y variedades, ¿no dieron, por desdicha, el sér á aquella casta de médicos fustigados por la tralla satírica de Quevedo, de Moliere, de Lesage, de Torres Villarroel, y de muchos otros costumbristas y dramaturgos?

Contra las exageraciones y aberraciones médico filosóficas de su tiempo, contra adversarios tan temibles como Hoffmann y Leibnitz, luchó Stahl, combatiendo valientemente las teorías de Paracelso, de Sylvius, de Willis; derrotando una á una las ilusiones especulativas de Pitcarn y de Boerhave; él solo contra todos, él solo empeñado en mantener los dogmas hipocráticos y el *vitalismo espiritualista*, en una época en la cual cundían y dominaban las tendencias y las doctrinas materialistas. Partidario de Santo Tomás, adoptó el método, el lenguaje y la forma de los escolásticos.

Yo siento que el Dr. Roquer no se haya tomado algún mayor espacio para diseñar la gran figura del sabio profesor de Halle, cuya doctrina no es sólo interesante por haber servido, hasta cierto punto, de fundamento al vitalismo de Barthez y demás prohombres de la célebre Escuela de Montpeller, sino que tiene importancia y trascendencia *por sí misma*, por la clara y sólida concepción del *animismo*. Si muchas veces se le ha juzgado mal, es sin duda porque no se la ha estudiado bien. No llevan razón los que achacan á Stahl el haber confundido el alma con la vida; jamás incurrió en semejante confusión Para Stahl una cosa es la vida, *vita*, y otra el alma pensante, *animus*, *mens*. Si dijo *el alma es la vida*, díjolo como San Agustín: «*anima* (no *animus*), *vita est quá vivimus;* (1) y díjolo á posteriori, admitiendo al alma como *causa eficiente de la vida;* con lo cual claro está que no podía confundirla con la vida misma. (2)

(1) S. Agustín, T. IV. g. 1525. in fol.

(2) Stahl, lo mismo que S. Agustín. S. Jerónimo S. Ambrosio, S. Gregorio de Nicea, S. Basilio, Sto. Tomás, etc., etc., distingue *siempre* entre el *anima*, potencia de vida y el *spiritu* potencia de entendimiento y de razón; bien que para él, como para aquéllos santos teólogos las dos potencias *ánima* y *ánimus*, no constituyen más que una sola y misma substancia. el *espíritu humano*, el *alma* pensante y racional.

Se lee en Stahl, como en S. Agustín: *Anima est vita corporis* (T. III a. 4.—76.) *Anima per se movetur* (T. VI. c. 3.) *Anima viva appellatur á Scriptura administratio corporis* (T. III d. 218.) *Anima totum animat et vivificat* (T. VI. g. 254).

Sthal dice, como S. Ambrosio: *Anima est vivens, eo quod insensibile atque exanime corpus animet, vivificet et gubernet* (De Is et an. p. 357.) *Anima nostra dimeris est, hoc est bipartita et rationabile habens et irrationabile.* (De Abrah. lib. I cap. 2. p. 283).

Con S. Basilio: *Anima duplex vis inest* (T. II. p. 541. e.) *Anima humana liberam, et in sua potestate sitam, vitam á conditore sortita est* (T. II, p. 72. a.) *Duplicem enim ego arbitror* VIM *esse animae, cùm ipsa una et eadem existat, alteram corpus animantem, alteram verò rerum speculatricem, quam etiam rationalem nominamus,* (T. II. p. 541.)

Con S. Gregorio de Nicea: *Anima est essentia á Deo generata, essentia vivens, intellectualis, corporeis sensuum instrumentis vivendi, atque quae cadunt sub sensus percipiendi facultatem ac vim, PER SE, suggerens immittens.* (De anim. et resurr. título III. p. 183).

Con S. Jerónimo, Sto. Tomás, y toda la Iglesia, Stahl considera el *alma* como teniendo en el cuerpo las facultades *vegetativa, apetitiva y sensitiva;* y deja al *espíritu* la prerrogativa del *pensamiento*, del *yo* y de la *razón*.

Es por demás añadir que esto no son sino dos modos *de ser y de obrar*, dos bien distintos atributos de una sola y misma substancia espiritual é inmortal.

Finalmente, Stahl en su Teor. med. vera, (p. I. y 507) repite una vez más: *Anima vitalium actionum rectrix est, sed animus est semper scienti avidus, ratiocinandi, occupatus in assenquendâ intimiore rerum essentiâ.*

Por donde puede verse bien cuál era el concepto que formara del alma, cómo no la confundía con la vida. y cuán ortodoxo quería aparecer en su doctrina filosófico-médica.

Bien me sé que, para muchos, el principio fundamental de la doctrina de Stahl, la *idea madre* de todo su sistema, tendrá el capitalísimo defecto de ser principio de filosofía cristiana; pero quienquiera que, prescindiendo de todo espíritu de secta, discurra con sensatez, no se atreverá á hacer cargo alguno al ilustre médico del Rey de Prusia, por haber preferido adoptar una verdad dogmática en vez de una hipótesis filosófica.—Y después de todo, aunque se considere al hombre como un organismo informado por un espíritu inteligente é inmortal, ¿puede esto, acaso, ser obstáculo para estudiar las piezas de aquel organismo hasta sus últimos elementos, y los fenómenos vitales simplemente en sí mismos, en el concierto de las funciones fisiológicas, así en estado de salud como en el de enfermedad?

Stahl filósofo, y filósofo tomista, no quiere separarse de la ortodoxia, y dista tanto de inclinarse al idealismo y al pseudo-misticismo de Van Helmont, como al panteismo de Spinoza, digan lo que quieran los que no han sabido comprenderle; Stahl físico, químico, naturalista y médico, se mantiene á la altura de los conocimientos de su tiempo y, en algunos puntos, es el precursor de sábios que florecieron muchos años despues; Stahl, espíritu práctico, sereno y sensato, siente la necesidad de alejar de la Medicina todo lo lo que la es extraño, librándola del influjo de una falsa metafísica, y restaura y divulga, en numerosos escritos, la antigua y sana tradición de la Escuela de Coos (1).

Pero, ¿quién se acuerda en nuestros días de Stahl, del primer médico-filósofo cristiano de los tiempos modernos, ni qué sacaríamos de proponernos encauzar la Medicina aprovechando y harmonizando el caudal de ciencia ya pasada

(1) En un discurso de las dimensiones del presente, es imposible que yo me detenga más sobre este asunto. Puede estudiarse bien la doctrina de Stahl en la obra (8 vol. en 4.º) publicada por Junker en 1716; ó en la traducción francesa de las obras completas del profesor de Halle, llevada á cabo, con substanciosos comentarios, por el erudito T. Blondín.—(París-Montpeller y Estrasburgo-1859.)

de moda, de las obras de Sydenham, de Bordeu, de Barthez, de Lordat, etc., etc.?

Las corrientes van hoy en muy distinta dirección ó, mejor dicho, en *muchas direcciones*, á menudo divergentes, algunas veces contrapuestas.—El movimiento científico de nuestro siglo, sobre todo de la segunda mitad de nuestro siglo, no es un movimiento suave, ondulante y ordenado, sino rápido y tumultuoso, que tiene mucho de febril y algo de convulsivo.—Parece como que los acontecimientos se precipitan y atropellan al final de esta centuria, y el espíritu humano se halla sobrecogido, indeciso y turulato ante la balumba inmensa de materiales de estudio, de problemas que se plantean y problemas que se resuelven, de leyes que se formulan y leyes que se rectifican, de hechos que se averiguan hoy y se niegan mañana, de hipótesis que se levantan y de hipótesis que se derrumban....., y todo en montón, todo á un tiempo, con abrumadora copiosidad y colosales dimensiones. Y el observador estudioso no es milagro que se maree mirando por el cristal de un kaleidoscópio gigantesco, ó contemplando la pantalla de un cinematógrafo de ideas que ofrecen, sin tregua ni reposo, á su catapléxica admiración un tropel inagotable de perspectivas luminosas, de horizontes oscuros, de panoramas seductores, de llanuras eriales, de contornos y matices maravillosamente combinados, de figuras estravagantes y monstruosas.

La ciencia se da prisa, está impaciente por arrancarle á la naturaleza todos sus secretos; la falta tiempo para empujar las fronteras de lo *sobrenatural* hasta borrarlas ó hasta perderlas de vista; quiere, á todo trance, que la palabra *imposible* se olvide en todos los idiomas. De esas impaciencias y de esos apresuramientos, es claro que ha de participar la Medicina; la cual se ha enriquecido en nuestros días con todos los descubrimientos de las otras ciencias, sus

poderosas auxiliares, y se ha resentido en su contextura propia de todos los errores de método y de todas las aberraciones de criterio.

Lo de enriquecerse me parece que ha sido un gran bien; pero como una cosa es poseer tesoros, y otra saberlos emplear debidamente y con fruto, nos ha sucedido muy á menudo que, despues de acopiar gran muchedumbre de hechos, no hemos acertado á interpretarlos, y después de formular infinidad de leyes no las hemos aplicado á derechas. Casi siempre nos hemos perdido por analizar con exceso, y por generalizar demasiado.

Esa análisis metódica de que tan partidario se muestra el Dr. Roquer, aplicada de más á más durante el curso de los siglos y llevada en el nuestro á los últimos extremos, ha producido en la Medicina el resultado múltiple y peregrino que, con sobra de razón, denuncia el Dr. Letamendi como efecto de un procedimiento vicioso. «Cada hecho descubier»to, dice, ha sido de una parte proclamado como *toda la* »*verdad;* de otra, esgrimido pará matar lo existente; y de »otra, en fin, como esperanza y punto de partida de ulte»riores y más menudas investigaciones. Así, por ejemplo, »cuando á principios de este siglo se descubrió la célula »como elemento anatómico, fisiológico y patológico de los »organismos, fueron naciendo: 1.°, una Medicina que acep»taba la célula como *toda la verdad;* 2.°, una crítica á cu»yos golpes las anteriores verdades resultaban *todo false*»*dad*, y 3.°, un nuevo y más vehemente afán de ulterior »análisis, que, en el mero hecho de surgir, ya sospechaba »que era necesaria más verdad que la obtenida.» (1).

Y así pudieran multiplicarse los ejemplos, y se vería patentemente que, cada veinte ó cada treinta años, nos vemos obligados á presenciar la ruina ó el resquebrajamiento

(1) Let. loc. cit.

de edificios científicos que parecían inderrocables, y á construir otros que, á su vez, han de ceder el terreno para emplazar en él los que vengan después.

¿Quiere esto decir que hayamos de tener en poco las adquisiciones modernas de la Anatomía, la Fisiología, la Histología, la Microbiología, la Historia natural, la Física y la Química? ¿Qué, por tal de huir de los desbarros de la análisis de hoy, retrogrademos en busca de los analistas de antaño, que al fin y al cabo, siguieron los mismos defectuosos derroteros? De ninguna manera. Harto sabe el Dr. Roquer que no he querido decir tal cosa, ni menos pensarlo; que aunque vaya para viejo, no soy devoto del desidioso quietismo, ni siento arrobamientos de aquel linaje de *amor arcáico* con que otros se embebecen contemplando el pasado; creo que de la Medicina antigua podríamos olvidar las cuatro quintas partes (y me quedo corto), sin que en ello perdiéramos nada, y opino que haríamos mal en olvidarlo *todo*, que obraríamos con ingratitud muy negra, y con poco seso además, desechando verdades y conocimientos que son fundamentales, porque al hacerlo así, truncaríamos indebidamente *la genealogía* de la Medicina, y la privaríamos de un elemento perpétuo de progreso.

Por más que reconozco que la ciencia anda revuelta y turbia en este fin de siglo, quizás por su misma exuberancia de producción, amo el presente y tengo fé en el porvenir, porque pienso que con *las inundaciones de ciencia*, (perdonadme lo cursilón de la figura), sucede como con las periódicas inundaciones fecundantes del Nilo: la cosecha no viene hasta la temporada siguiente —Y puesto que cada *temporada* es la *siguiente* de la que la precedió, bien podemos en la nuestra cosechar lo que dé buenamente de sí la sembradura.

Paréceme que la Medicina de hoy, cuya reforma desean y piden pensadores de buena fé, puede asimilarse con pro-

vecho, las nociones y los descubrimientos con que la brindan las otras ciencias, singularmente las biológicas, psicológicas y físico-químicas (1).—Pero, con una condición, (y en esto sigo siendo discípulo, y á mucha honra, de mi antiguo maestro Letamendi): á condición de incorporar dichas nociones á todas las demás que de la complexidad y el solidarismo individuales poseemos, á fin de progresar en el acertado gobierno del cuerpo vivo, al compás que progresamos, no en su conocimiento analítico, sino en su conocimiento sintético á favor del analítico. Son sus propias palabras; y luego añade que no sólo es ridículo y absurdo aplazar la síntesis para el término total del análisis, sino que es urgente, es imperativa é ineludible la necesidad de que *á todo acto de análisis material siga inmediatamente un acto de síntesis intelectiva.*

Yo no sé..... (qué he de saber yo, pobre de mí), sobre qué bases definitivas vendrá á levantarse la anunciada, urgente y acaso próxima reforma de la Medicina; pero barrunto que no se ha de reformar *transformándola* en otra ciencia. Quizás la anhelada reformación llegará á hacerse sobre los fundamentos delineados por el Dr. Letamendi en su monumental *Tribiblión*, (2) depurándolos, por supuesto, de todo aquello que acaso pudiera dar pié para tachar

(1) Con los materiales que han aportado la Anatomía *fina*, la Histología, la Química biológica y la Fisiología experimental, ha comenzado la Medicina de nuestro siglo á rehacer la Patología; la Microbiología ha servido para crear el concepto de una nueva Etiología, ha modificado radicalmente las bases de la Higiene, en gran parte las de la Terapéutica, y ha dotado al Arte operatorio de recursos y de seguridades de inapreciable valor; ella y las ciencias físico-químicas, han enriquecido la del diagnóstico proporcionándole medios é instrumentos de exploración; la Física por su parte ha facilitado, con sus prodigios industriales, la utilización en terapéutica de los agentes cósmicos, y la Botánica y la Química han entregado al arte de curar una infinidad de substancias medicamentosas, arsenal farmacológico que, si por algo ha pecado y peca, es por la profusión con que se las emplea, á veces, en perjuicio de la humanidad doliente, gracias á que el prurito de generalizar con sobrada precipitación y el espíritu mercantil é industrial, han venido á hacer de los novísimos formularios un arma peligrosa, al par que un figurín de modas.

(2) Del *Tribiblión* no se han publicado más que dos partes. Ojalá Dios conceda vida al autor para terminar la tercera, para honra del humano saber y gloria de la Medicina española.

la obra de *Letamendismo*; expurgo tanto más indispensable cuanto que el sabio profesor de Patología general es y se declara enemigo jurado del *Fulanismo*, del *Zutanismo* y del *Menganismo*.

Lo que no acierto á comprender, por más que lo procuro, es en qué pueda ayudar al progreso de la Medicina el eliminar del estudio del hombre la noción del alma, como significa el Dr. Roquer cuando dice: «.....para estudiar »el organismo humano y curar sus enfermedades, hace »falta ocuparse en la metafísica y por ende en la existencia »del alma? Ciertamente que no.»

Distingo, Sr. Roquer.—Para estudiar el organismo humano *solo*, no; para estudiar al hombre *completo*, sí; para curar sus enfermedades, también.

He dicho, ya hace tiempo, y por ahí debe de andar en letra de imprenta, que el hombre está constituído por dos elementos que, no embargante su antagonismo, viven en estrechísimo consorcio durante unos cuantos años, y cuyos inestricables lazos no pueden romperse ni desatarse sin que desaparezca la personalidad humana. Dualidad que nos parecería inverosímil á no estar con ella tan familiarizados que, á pesar de ella y en ella misma, tenemos conciencia neta de nuestra *unidad individual*. Cada hombre *se siente él* en cada una de las partes de su organismo, y *se siente uno* en medio de la multiplicidad de las facultades de su espíritu; pero no se siente *él completo*, ni en estas facultades ni en aquellas partes, sino en el conjunto de las unas y las otras, y en el enlace de ambas substancias material y espiritual que integran el *total* hombre.

El *cómo* lo integran, no lo sabemos; el *hecho* de la integración es evidente, y los resultados de ella palpables por experiencia simple y contínua, aún habiendo de por medio lo misterioso, indemostrable é inaveriguable del íntimo mecanismo del *complexus* funcional psico-orgáni-

co.—Y en fuerza de la lógica y en virtud de la cotidiana observación, admiten los sabios, conformándose en esto con el sentir del vulgo, que uno de los más evidentes efectos del susodicho *complexus* funcional, es lo que pudiéramos llamar *retruque* del organismo sobre el espíritu y del espíritu sobre el organismo; de suerte que no hay sacudida del cuerpo, siquiera sea de mediana intensidad, ni en lo fisiológico ni en lo patológico, que no vaya á repercutir sobre el alma, ni conmoción de ésta, ora normal ora morbosa, que no influya sobre aquel.—La repetición de estas recíprocas repercusiones puede ser tan intensa que determine *fijeza;* ó tan frecuente que constituya *continuidad;* y en uno y en otro caso producirá *estado*, es decir, *modo de ser permanente.*

Ahora bien: ¿no vislumbra el Sr. Roquer cómo una pasión del alma, con ser una *modalidad espiritual*, puede acarrear una enfermedad del cuerpo, esto es, lesión *material* de órgano, de aparato y por ende alteración funcional, y cómo una avería de nuestro organismo corpóreo es muy capaz de suspender, torcer ó truncar el ritmo de las facultades psíquicas, y anular ó desviar la directriz de su resultante? —¿Porqué, pues, prescindir del alma al estudiar médicamente al hombre, cuando sin ella desaparece el *sujeto clínico*, y queda sólo el *sujeto necrópsico* destinado á los estudios del anfiteatro y de la sala de disección?

Déjenos el Dr. Roquer á los que, además de creer en el alma en que S. S. cree, la estimamos como factor importante en la fisiología y en la patología humanas, déjenos que procuremos estudiarla en las manifestaciones fenoménicas de sus facultades por medio del organismo, ya que no sea posible (ni siquiera necesario para nuestro objeto), conocerla en su esencia; y permítanos además que utilicemos la excitación de aquellas facultades, de cien diversas maneras, como otros tantos recursos terápicos de incontestable y práctica utilidad.

Buenas ganas se me pasan de hacerle alguna otra observación á nuestro digno colega acerca de la última parte de su discurso, y singularmente sobre lo del *determinismo absoluto;* pero ya estoy viendo que no es posible prolongar más esta sesión que, por mi culpa, acabaría para vosotros en fatigoso aburrimiento.

Pídoos, pues, perdón por la molestia que os he causado, y os doy rendidas gracias por vuestra benevolencia y cortesía; y con ésto y suplicaros que deis la bienvenida al Dr. Roquer Casadesús, y señaleis con *piedra blanca* el día de su ingreso en la Academia, pongo aquí el *He dicho* de rúbrica, que seguramente os parecerá lo mejor que he dicho entre todo lo que acabo de decir.

APÉNDICE

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

COPIADAS DEL

"Inventario bibliográfico de la Ciencia Española,"

DE

D. Marcelino Menendez y Pelayo.—(1889.)

MEDICINA DE LOS ÁRABES ESPAÑOLES

Siglo x. Hiàya ben Isaac, médico, de origen judío ó cristiano, como otros muchos sabios españoles de este tiempo, compuso un tratado de medicina en cinco volúmenes, conforme á la doctrina de los griegos.

Said ben abd Rabibi, inventor de un método particular de tratamiento para las fiebres. Compuso un poema de medicina.

Abderrahman ben Ishag ben el Heitham, autor de un célebre tratado que se intitulaba *Iktifa ó el libro suficiente.*

Aben Golgol: *Explicación de los nombres de los medicamentos simples mencionados en la obra de Dioscórides.*—Suplemento al mismo Dioscórides con los medicamentos que él no conoció —Tratado de la Triaca.– Historia de los médicos que florecieron bajo el reinado de Alhaken, etc.

Arib ben Saïd el Kateb: Tratado de la generación del feto y arte de los partos (ms. de la Biblioteca Escurialense).

Abulcassis ó Albucassis *(Abul Cassem Kalef ben Abas),* el nombre más ilustre de la cirugía arábiga y aún de toda la cirugía de la Edad Media. Su obra se divide en 30 libros, y lleva el título de *Tesrif.* Es una verdadera enciclopedia médica. El primer libro comprende la Teoría general de la medicina, el segundo la práctica terapéutica, los 23 libros siguientes tratan de los medicamentos compuestos, el 26 del régimen alimenticio en los diversos estados de salud ó de enfermedad, el 27 de los medicamentos simples y de los alimentos por órden alfabético, el 28, conocido con el nombre de *Libro del servidor,* es una especie de manual de boticarios para la preparación de los simples, el 30 (que ha sido traducido al francés por el Doctor Leclerc) es un tratado de Cirugía, acompañado de las figuras de los instrumentos, que pasan de 200. El mismo Leclerc dice que la obra de Abulcassis «debe quedar en la historia como la primera expresión de la Cirugía constituyéndose en

estado de ciencia distinta, y fundándose en el conocimiento de la Anatomia». Indicó Abulcassis la ligadura de las arterias antes de Ambrosio Paré, inventó un procedimiento para la extracción de los pólipos, fué el primero que enseñó el modo de operar la *litotomia* en las mujeres, expuso un procedimiento de *litotricia*, etc., etc.

Siglo xi. Aben Guefith, célebre por sus grandes conocimientos en materia médica y en terapéutica.—*De los medicamentos simples.—Experiencias médicas.—Tratado de las enfermedades de los ojos.—Manual de terapéutica* (Bib. Esc.).—*Sobre los baños.—Tratado del sueño*, etc.

Mohamed Ettemimy: De él existe en el Escorial un manuscrito de sesiones ó consultas de un médico, recogidas por un discípulo suyo, algo parecidas á los cuadernos de *historias* que hoy se usan. Los casos registrados son unos 50.

Siglo xii. Abu Salt Omeya: *Tratado de los medicamentos simples.*

Avempace: *Discurso sobre el tratado de los Simples de Galeno.—Libro de las dos Experiencias.*—Extracto de Rasis.—*De los temperamentos desde el punto de vista médico.—Del amor físico.*

Errafequy: *Tratado de los tumores y de las fiebres.—De la manera de expulsar del cuerpo los humores nocivos.* Es tambien famoso como botánico.

Mohamed ben Quassun Errafequy, distinto del anterior. Autor de un tratado de oculística con figuras intercaladas que existe en la Biblioteca del Escorial. Describe ampliamente la operación de la catarata.

Abu Meruan Abd el Malek ben Abil Ola ben Zohar *(Avenzoar)*, distinto de otros cinco médicos escritores de la misma familia sevillana. Es generalmente considerado como el médico más ilustre de la raza árabe, exceptuando si acaso á Avicena y á Rasis. Su libro más importante es el *Teissir*, dedicado á Averroes, y notable especialmente por la independencia de espíritu con que el autor discute las opiniones de los médicos griegos, y proclama las excelencias del método experimental. Describió por primera vez algunas enfermedades, v. g., las inflamaciones y abscesos del pericardio y del mediastino, las parálisis parciales, principalmente la del esófago. Dió razón de las virtudes de la famosa piedra *benzoar* y otras muchas sustancias medicinales, y renovó el uso de la *traqueotomia*. Por sus ideas generales, el alemán Sprengel le supone predecesor del vitalismo de Sthal. Hay otro libro de Medicina, fruto de su juventud, el *Iktisad*, y se citan otros *de la lepra, del tratamiento de las enfermedades, del modo de administrar los purgantes*, etc.

Averroes: El *Colliget* ó libro de las generalidades de Medicina. Este tratado, que es tan curioso para la teoría como el de Avenzoar para la práctica, consta de siete libros, que pertenecen, en su mayor parte, á la fisiología y á la higiene. Comentario al *Cántico* de Avicena.—*Tratado del temperamento.—Tratado de las fiebres periódicas.—Tratado de las fiebres pútridas.—Tratado de la triaca.*—Comentarios sobre varios libros de Galeno.—Cánones para la administración de los medicamentos laxantes, etc. Averroes considera el corazón como el órgano principal y la fuente de todas las funciones de la vida animal, fué el primero en observar la *metastasis* ó transmigración del reuma de los brazos á los intestinos.

Siglo xiii. *Abdalah-ben-Ahmed-Dhiaeddin-Abu-Mohammed*, conocido por *Aben Albaitar:* famoso botánico malagueño, autor de un diccionario de medicamentos simples, donde dió á conocer más de 200 plantas nuevas estudiadas por él en Andalucía, Africa y Oriente. Esta obra, llamada *Almofridat*, es la más importante de

materia médica que apareció después de la de Dioscórides, y es mucho más rica que ella, aunque la toma por base.

Siglo xiv. Ben Aljhatib:—*De la peste.—Cuestiones de medicina.—De la confección de la triaca.—Tratado de medicina.—De la generación del feto.—De los medios de conservar la salud.—Poema sobre la medicina.—Poema sobre los alimentos*, etc.

MÉDICOS JUDÍOS

Siglo xii. Maimónides (1135-1204): Escribe sus *aforismos medicinales*, comparados por algunos con los de Hipócrates; su tratado de la conservación de la salud; su compendio de las obras de Avicena; su tratado de Toxicología; su libro de materia médica intitulado *Huerto de la Salud;* su compendio de los diez y seis libros de Galeno; sus reglas higiénicas ó *macrobióticas*, y otros muchos tratados *(Del asma.—De las hemorroides;* etc.), que le dieron entre los árabes mismos, la reputación de ser el primer médico de su tiempo, á lo menos en la esfera teórica.

Siglo xiv. Notable tratado sobre las fiebres, incluso las intermitentes, conocido con el nombre de *Libro de Isaaque* (en su forma actual castellana no puede ser anterior á este siglo). Combatió la esencialidad de las fiebres.

Un médico toledano anónimo, probablemente judío, escribió uno de los primeros tratados de *topografía médica*, vulgarmente conocido con el nombre de *Medicina Castellana Regia*. Florecia en tiempo de Fernando IV de Castilla.

LA MEDICINA ENTRE LOS CRISTIANOS

Siglos xiii y xiv. Arnaldo de Vilanova: *Medicinalium Introductionum Speculum.—Liber de diversis intentionibus Medicorum.—De humido radicali.—Regimen Sanitatis:* es un tratado de Higiene.—*De Phlebotomia.—Parabolae.—Liber de parte operativa.—De regimine castra sequentium.—Commentum super «Regimen Salernitanum».—Breviarium Practicae.—Compendium Regimenti acutorum.—Cautelae Medicorum.—Tractatus de dosibus theriacalibus.—Antidotarium.—Liber de vinis.—Tractatus de aquis medicinalibus.—De epilepsia*, etc., etc.—Importancia de Arnaldo en la Higiene y en la Medicina Práctica.—Aplicación de la esponja marina á la curación del bocio.

Raimundo Lulio: Liber de principiis medicinae.—Ars compendiaria Medicinae.—Liber de regiminibus sanitatis et infirmitatis, etc., etc.

Pedro Hispano: fué Papa con el nombre de Juan XXI; *Thesaurus pauperum* famoso libro de vulgarización.

Estéfano, médico sevillano de 1387: *Liber de visitatione et conciliatione medicorum*, en castellano.

Siglo xv. Fr. Jofre Gilabert. Funda en Valencia (1409) el más antiguo hospital de locos del mundo. Alfonso V de Aragón funda en 1425 el de Zaragoza. Marcos Sanchez de Contreras el de Sevilla en 1436, y el protonotario Francisco Ortiz, en 1483, el de Toledo. Instalación del primer lazareto, en Mallorca, el año 1471. Instalación de los estudios anatómicos en Zaragoza en 1488. Juan Bruguera funda en Montpellier el colegio de Gerona.

Maestro Diego del Cobo: *Cirugia Rimada.*

Juan de Avinón: *Sevillana Medicina* (1419). Uno de los más antiguos tratados de topografía medica. Impresa por Monardes en 1545.

Alfonso Chirino, médico de D. Juan II: *Espejo de medicina ó menor daño de medicina* (impreso por primera vez en 1513). Es un tratado de higiene y de medicina doméstica, notabilísimo en la parte descriptiva.

Vasco de Taranta: *Tractatus epidemialis*. Pasa por el primer libro de medicina impreso en España.

Julián Gutiérrez de Toledo: *Cura de la piedra y dolor de la hijada y cólica renal* (1498). Fué de los primeros en dar importancia á los baños minerales artificiales. *De potu in lapidis praeservatione* (1494).

Anónimo: autor del Tratado que se intitula *Espejo de Medicina y Cirugía, conveniente á la salud* (1495).

Primeros sifiliógrafos: Gaspar Torrella, obispo de Cerdeña: *Tractatus cum consiliis contra pudendagram seu morbum gallicum* (1497).—*Dialogus pro regimine sanitatis* (1506).—*Consilium de aegritudine pestifera et contagiosa*, etc.—Francisco de Villalobos: *Sumario de Medicina en romance trobado con un tractado sobre las pestiferas bubas* (1498).—*Congressiones vel duodecim principiorum liber* (1514).—Pedro Pintor: *Aggregator sententiarum doctorum omnium de preaservatione et curatione pestilentiae* (1499).—Tiene dos capitulos importantes *de morbo foedo*.—Juan Almenar: *De luc Venerae sive de morbo gallico* (1502).—Luís de Alcanys: *Regiment preservatiu et curatiu de la pestilencia*.

Siglo xvi. Influjo del Renacimiento.—La medicina árabe cede ante la hipocrática.

Escuela clinica de Guadalupe.—Rodriguez de Guevara funda el anfiteatro anatómico de Valladolid, tercero de Europa en antiguedad.—Juan Valero Tabar inventa las figuras anatómicas de seda. - Descubrimiento de la circulación pulmonar por Miguel Servet.—Sistema del *suco nérveo* imaginado por D.° Oliva Sabuco de Nantes.—Introducción del mercurio y de los leños de Indias (Guayaco, Sasafrás, etc.), en la Terapéutica.—Francisco Delicado publicó en 1529 un tratado sobre el Guayacán ó *Palo santo*.

Diego Alvarez Chanca (uno de los compañeros de Colón): *Commentum in Parabolas Divi Arnaldi de Villanova* (1514).

Primeros ensayos de farmacopeas.—Fr. Bernardino de Laredo: *Modus faciendi cum ordine medicandi* (1522).

Fernando de Sepúlveda: *Manipolus medicinarum* (1522).

Médicos humanistas.—Luís de Lucena: *De tuenda praesertim á peste integra valetudine, deque hujus morbi remediis* (1523).—Juan Aguilera.—Antonio de Cartagena: *Liber de peste, de signis febrium et de diebus criticiis* (1529).—Leonardo Jacchino: *Adversus Avicennam, mesuem et vulgares medicos omnes* (1533); *Opuscula elegantissima, nempe praecognoscendi methodus; De rationali curandis arte.—De acutorum morborum curatione* (1563), etc., etc.

Andrés Laguna: *Anatomica Methodus seu de sectioni humani corporis contemplatio* (1535); descubrimiento de la válvula ileo-cecal.—*Vera et exquisita ratio noscendae, praecavendae atque propulsandae febris pestilentialis* (1542). - *Galeni vita.—Annotationes in Galeni versiones, quae ad suum tempus prodierant* (1548).—*Galeni omnium operum, exceptis iis quae in Hippocratem composuit Epitome.....* (1551).—*Epitome omnium rerum et sententiarum, quae annotatu dignae in commentariis Galeni*

in Hippocratem extant (1551).—*De articulari morbo commentarius* (1551).—*Methodus cognoscendi, extirpandique nascentes in vesicae collo caruncolas* (1551).—*De contradictionibus quae apud Galenum sunt* (1554).—*Discurso sobre la cura y preservación de la pestilencia* (1566).—Traducción y comentario de la *Materia médica* de Dioscórides (1566), etc.

Cristobal de Orozco: *Castigationes in interpretes Pauli Aeginetae* (1536).—*Annotationes in interpretes Aetii medici praeclarissimi* (1540).

Juan Bautista Monardes: *Pharmacodilosis ó declaración medicinal* (1536).

Pedro Diaz de Toledo: *Opusculum de morbis puerorum* (1538).

Rodrigo Diaz de Isla: *Tratado contra el mal serpentino venido de la Isla Española* (1539).

Nicolás Monardes: *De secanda vena in pleuritide inter graecos et arabes concordia, ad hispalenses medicos* (1539).—*Dos libros, el uno que trata de todas las cosas que se traen de las Indias Occidentales para el uso de la medicina, y el otro que trata de la piedra vezoar y de la yerba escorzonera* (1565).—*Diálogo del hierro y de sus grandezas..... y de las grandes virtudes medicinales que tiene* (1571).—*Libro de la nieve y sus propiedades* (1571), etc., etc.

Jorge Gomez de Toledo: *De ratione minuendi sanguinem in morbo laterali* (1539).

Antonio Luís: *Erotematum sive commentariorum in libros de crisibus Galeni libri* III.—*Erotemata de difficili respiratione.—De usu respirationis.—De corde, contra Aristóteles.—De eo quod Galenus animam immortalem esse dubitaverit.—De tipsana.—De praegnoscendo.—De occultis proprietatibus libri* V (1540).—*Problematum libri* V, (1539).—*Annotationes aliquod in aphorismos Hippocratis*, etc., etc.,

Luís Vasseo, autor de las más antiguas tablas anatómicas *(In anatomen corporis humani tabulae quatuor* (1540).

Amato Lusitano (Juan Rodriguez de Castello-branco): Comentarios á Dioscórides (1536-1553)..... *Centurias de curaciones medicinalis* (1551, 52, 70...), fué discípulo del doctor Aldrete.

Luís Lobera de Avila: *Remedios de cuerpos humanos y libro de anatomía*, en forma alegórica (1542).—*Libro de pestilencia curativo y preservativo y de fiebres pestilenciales.— Vergel de Sanidad ó Banquete de caballeros* (1542); es un Tratado de Higiene.—*Libro de las cuatro enfermedades cortesanas* (1544).—*Libro de experiencias de medicina* (1544).—*Libro del regimiento de la salud..... y de las enfermedades de los niños* (1551).

Miguel Jerónimo Ledesma: *Primi Canonis Avicennae ad arabicam veritatem interpretatio atque enarratio* (1547).—*De Pleuritide* (1546).

Alfonso Gomez: *Libellus de humorum praeparatione adversus arabes* (1546).

Alfonso López de Corella: *Enchiridion medicinae* (1549).—*De arte curativa* (1555).—*Annotationes in omnia Galeni opera* (1565).—*De morbo pustulato sive lenticulari, quem nostrates «tabardillo» appellant* (1574): es la primera monografía de esta enfermedad.—*De tuenda valetudine*, etc., etc.

Miguel Juan Pascual: *Praxis medica sive methodus curandi* (1555).

Pedro Ximeno, famoso anatómico, descubridor del hueso estribo del oido: *Dialogus de re medica..... universam anatomen corporis humani perstringens* (1549).

Bernardino Montaña de Monserrate: *Libro de la anatomia del hombre... y declaración del sueño del Marqués de Mondéjar* (1551).

Pedro Jaime Esteve: Traducción y comentario del libro II de las *Epidemias* de Hipócrates (1551).

Juan Valverde de Amusco: *Historia de la composición del cuerpo humano* (1556). Es el primer tratado importante de anatomia, que se publicó después del de Vesalio.

Francisco de la Reina: *Libro de Albeiteria* (1552). Tiene cierta importancia en la historia del descubrimiento de la circulación.

Fernando de Mena: Comentarios á los libros de Galeno. *De urinis y de pulsibus.—Liber de ratione permiscendi medicamenta* (1555).—*Methodus febrium omnium* (1568).

Cristobal de Vega: Comentarios á varios libros de Galeno y de Hipócrates (1552 á 1568).—*De medendi methodo libri tres* (1565).—*De pulsibus* (1554).—*De curatione caruncularum* (1552).

Miguel Servet: *In Leonardum Fuchsium pro Symphoriano Campeggio apologia* (1532).—*Syruporum universa ratio ad Galeni censuram diligenter expolita* (1537) etc.

Gomez Pereira: *Novae veraeque medicinae, experimentis et evidentibus rationibus comprobatae* (1558).—Coincidencia de Gomez Pereyra con Sydenham en la doctrina de las fiebres.

Luis Collado: *Galeni liber de Ossibus..... enarrationibus illustratus* (1555).—*Isagoge ex Hippocratis et Galeni monumentis* (1561).—*De indicationibus liber unus* (1572).

Francisco Vallés, *el Divino: Controversiarum medicarum et philosophicarum..... libri decem: accessit libellus de locis manifestè pugnantibus apud Galenum* (1564).—*De locis patientibus libri sex* (1551).—*Methodus medendi* (1589).—*In libros Hippocratis de morbis popularibus commentaria* (1577).—Id á los *De ratione victus in morbis acutis* (1569).—A los *aforismos* y al libro *De alimento* (1561).—A los *Pronósticos* (1567).—A varios libros de Galeno, etc., etc. Boerhaave dice que el alma de Hipócrates habia transmigrado á Vallés.

Alfonso Rodriguez de Guevara: *De canstructione et usu partium corporis humani, et nonnullorum quae in anatome dificere videbantur supplementum* (1559).

Juan Tomas Porcel, el primero que hizo autopsias en cadáveres de apestados: *Información y curación de la peste de Zaragoza y preservación contra la peste en general* (1565).

Juan Fragoso: *Erotemas quirúrgicos.....* (1570).—*De los medicamentos compuestos* (1575).—*Cirugia Universal* (1601), etc. Dió mucha luz á la cirugía y á la medicina legal. Emulo de Bartolomé Hidalgo de Aguero.

Juan Bravo de Piedrahita: *De hydrophobiae natura causis atque medela* (1571).—*De curandi rationi per medicamenti purgantis exhibitionem* (1588).

Juan Castellá Ferrer: *De communium morborum causis* (1572).

Francisco Arceo, insigne cirujano: *De recta vulnerum curandorum ratione* (1576).

Luis Mercado: *De veritate et recta ratione principiorum, Theorematum ac rerum omnium ad medicam facultatem spectantium* (1604).—Es un tratado de filosofía médica.—*De internorum morborum curatione* (1594).—*De morbis haereditariis.—De febrium essentia, causa, dignostione et curatione* (1586). Es notabilísimo el tratado de las intermitentes.—*Consultationes morborum complicatorum.* Describe por primera vez el garrotillo, al cual aplica las preparaciones de cobre y el cáustico de oro

candente.—*De puerorum educatione, custodia et providentia* (1611).—*De mulierum affectionibus* (1579).—*De motu cordis et arteriarum quem medici «pulsum» vocant* (1584).—*De recto praesidiorum artis medicae usu* (1574).—*Institutiones medicae* (1594).—*Institutiones chirurgiae* 1584.—*De essentia, causis, signis et curatione febris malignae* (1574). Es una monografía sobre el *tabardillo.—Instituciones para el aprovechamiento y exámen de los algebristas* (1599), etc., etc.

Luis de Toro: *De febris epidemicae et novae quae latine «lenticularis», vulgo «tabardillo» dicitur, natura, cognitione et medela* (1574).

Andrés Alcazar: *Chirurgiae facultatis libri sex* (1575). Perfeccionó el trépano é inventó varios instrumentos y aparatos.

Francisco Diaz: *Compendio de cirugia* (1575).—*Tratado de todas las enfermedades de los riñones, vejiga, etc.* (1588).

Diego Merino: *De morbis intensis libri sex* (1575).

Juan Huarte de San Juan: *Exámen de Ingenios* (1575).

Doña Oliva Sabuco de Nantes: *Diálogo de la vera medicina* (1587). Doña Oliva estableció antes que Bichat la diferencia entre la vida orgánica y la de relación, y buscó la unidad fisiológica en el sistema cerebro-espinal.

Jerónimo Ximenez, llamado *el Celso español: Institutionum Medicarum libri quatuor* (1578), etc.

Juan Calvo: *Cirugia Universal y Particular del cuerpo humano* (1580).

Bartolomé Hidalgo de Agüero, famoso cirujano, inventor del método de la *via reca* ó particular: *Tesoro de la verdadera cirugía y via particular contra la común* (1604).—*Avisos particulares de cirugía contra la común opinión* (1584).

Dionisio Daza Chacón, el primero entre los cirujanos del siglo XVI: *Práctica y teórica de cirugía en romance y en latin* (1609). Es muy original el capítulo sobre las heridas de armas de fuego.

Rabi Zacuto Lusitano, uno de los primeros cultivadores de la Historia de la Medicina: *De praxi medica admiranda* (1634).—*De medicorum principium historia* (1629).—*De oculorum morbis* (1638).

Luis de Lemos: *De optima praedicendi ratione libri sex.—Indicii operum magni Hippocratis liber unus* (1584). Fué el primero que aplicó la crítica filológica al exámen de la autenticidad de las obras de Hipócrates. Comentó además los libros de Galeno *De facultatibus naturalibus* y *De methodo medendi* (1581 y 1594).

Andrés Velázquez, alienista: *Libro de la melancolía* (1585).

Rodrigo de Castro: *De universa mulierum morborum medicina* (1599).—*De officiis medico-politicis, sive de medico-politico* (1614).—*Sobre la peste de Hamburgo* (1597).

Lázaro de Soto: *Animadversiones medicae et commentaria in Hippocratem* (1589) (1594), etc.

Bajo el mismo concepto de médicos alienistas brillan Rodrigo de Fonseca, Tomás Fernández de Velga y otros infinitos.

Enrique Jorge Enriquez: *Retrato del perfecto médico* (1595).

Blas Alvarez Miraval: *Conservación de la salud del cuerpo y del alma* (1597).

Jayme Segarra: *Commentarii phisiologici.—In tres Galeni libros «De Temperamentis».—De facultatibus naturalibus*, etc., etc.

Francisco Franco: *Libro de enfermedades contagiosas y de la preservación de ellas* (1569).

Andrés de León: *Libro de anatomia y compostura del cuerpo humano* (1590).

Siglo xvii. Introducción de la quina en la materia médica, por D. Juan de Vega.—Fundación de la Real Sociedad de Medicina de Sevilla en 1697.

Juan Alonso de los Ruizes de Fontecha: *Disputationes medicae de anginarum natura, speciebus, causis et curationibus* (1611). Es notable especialmente la monografía del garrotillo.

Cristóbal Perez de Herrera: *Brevis et compendiosus tractatus de essentia, causis, notis, praesagio, curatione, et praecautione faucium et gutturis anginosorum ulcerum morbi soffocantis, «garrotillo» hispane appellati* (1615).—*Compendium totius medicinae* (1614).

Alfonso Ponce de Santa Cruz: *Dignotio et cura affectum melancolicorum* (1622).

Antonio Ponce de Santa Cruz: *Tratado de las causas y curación de las fiebres con secas pestilenciaes* (1600).—*Philosophia Hippocratica.—Opuscula Medica et Philosophica* (1622).—*Praelectiones Vallisoletanae, de morbo sacro* (1631).—*Prolegomena in Galenum, de morbo et symptomate* (1637).—*De impedimentis magnorum auxiliorum in morborum curatione* (1648).

Pedro Garcia Garrizo: *Disputationes Medicae de locis affectis* (1605).

Alfonso de Freilas: *Conocimiento, curación y preservación de la peste* (1606).

Alfonso Nuñez de Llerena: *De pulsuum essentia, differentiis, cognitione, causis et pronostico* (1606).—*De gutturis et faucium ulceribus anginoris, vulgo «garrotillo»* (1615), etc.

Francisco Pérez Cascales de Guadalazara: *Liber de affectionibus puerorum* (1611).

Juan de Villarreal: *De signis, causis, essentia, pronostico et curatione morbi soffocantis libri duo* (1611). Es la primera monografía sobre el *crup*.

Cristóbal Montemayor: *Medicina y cirugia de vulneribus capitis* (1613).

Enrique Vaca de Alfaro: *Proposición quirúrgica y censura juiciosa* (1618).

Elias de Montalto: *Archipathologia internarum capitis affectionum* (1614).

Isaac Cardoso: *De febri sincopali tractatus* (1634).—*Utilidades del agua y de la nieve, del beber frio y caliente* (1637).

Melchor de Villena: *Relación y discurso de la esencia, preservación y curación de las enfermedades pestilentes* (1648).

Estebán Rodríguez de Castro: *De complexum morborum tractatus* (1624).—*De mutatione aliorum morborum in alios* (1627), etc., etc.

Alfonso Carranza: *Disputatio de vera humani partus naturalis et legitimi designatione* (1628).

Pedro López de León: *Práctica y Theórica de los apostemas en general.—De la Cirugia Theórica y Práctica* (1628).

Pedro Gago Vadillo: *Luz de la verdadera cirugia* (1630).

Juan Gallego Benitez de la Serna: *De principiis generationis omnium viventium. De puerorum alendi ratione et sanitate tuenda* (1634), etc., etc.

Juan Gutierrez de Godoy: *Tres discursos para probar que todas las madres están obligadas á criar á sus hijos á sus pechos* (1629).

Marcelino Uberte: *Medicina Sacra* (1645)

Gaspar de los Reyes Franco: *Elysius jucundarum quaestionum campus* (1661) Es una especie de enciclopedia médica en cien cuestiones.

Gaspar Caldera de Heredia: Inició el estudio de los tubérculos de pecho antes que Morton.—*Tribunal sacrum, medicum, magicum et politicum* (1658), que comprende, entre otros tratados, *De pronostici fallacia, observationes selectae, De morbis febrilibus, De pulmonis et pectoris tuberculo, De potorum varietate.*—Tratado de la peste de 1649 en Sevilla.

Francisco Sanchez, el escéptico: *De morbis internis.—De febribus et earum symptomatibus.—De phlebotomia.—De locis in homine.—Censura in Hippocratis opera.*—Comentarios á Galeno, etc., etc. (1636).

Cipriano Maroj·: *De febribus et lue venerea* (1641).—*Praxis universalis de morbis internis* (1642).—*Consultationes, annotationes et observationes medicae.* Sigue en mérito á Mercado en el estudio de las intermitentes. Observó por primera vez la virtud antisifilitica del sublimado corrosivo.

Fr. Estebán de Villa: *Libro de simples incógnitos en la Medicina* (1643 y 1654).—*Ramillete de plantas* (1646).

Alonso de Burgos: *Tratado de peste, su esencia, preservación y curación* (1651).

Juan Lázaro Gutiérrez: *Febrilogiae Lectiones Pincianae* (1668).

Gaspar Bravo de Sobremonte, partidario de la teosofia de Paracelso: *Resolutiones et consultationes medicae* (1649).—*Disputatio Apologetica pro dogmaticae medicinae praestantia* (1669).—*De theorica et praxi febrium intermittentium* (1674).—*De vita et morte* (1679) etc.

Juan Bautista Bataller, tratadista de Toxicologia: *Disceptatio unica de signis propiis veneni sumpti* (1661).

Pedro Miguel de Heredia: *Opera Medicinalia juxta Hippocratis, Galeni et Avicennae mentem* (1665). Ofrecen especial interés los tratados de fiebres y de epidemias, y el estudio de la disenteria.

Matías de Llera: *Clavis totius medicinae* (1674).

D Luis de Aldrete y Soto, astrólogo, alquimista, iluminado y *homeópata; Luz de la Medicina.—La verdad acrisolada con letras divinas y humanas* (1682). Sus delirios fueron impugnados por

Juan Guerrero: *Sol de la Medicina* (1682).

Andrés de Gámez: *Discurso filosófico-médico é historial* contra D. Luis de Aldrete y Soto (1683). Es una impugnación de las doctrinas teosóficas de los *paracelsistas* y demás partidarios de la medicina universal.

Luis Amigo y Bertrán: *Apología en defensa de la medicina substancial y universal* (1682). En sentido opuesto al anterior.

Juan Delgado de Vera: *Defensa de la medicina racional y filosófica, profanada de las imposturas de la chimica.....* (1687). Nueva inventiva contra Paracelso y los que pudiéramos decir *homeópatas* de entonces.

Francisco Henriquez de Villacorta: Sus voluminosas obras, impresas en 1670, constituyen una especie de enciclopedia médica, que sirvió de texto en la Universidad de Alcalá.

Juan Bautista Ramirez de Arellano y Almansa: *Cirugía teórica y práctica* (1680).

Matías García: *Disputationes medicinae selectae* (1677). Sus doctrinas (en el tratado *de motu sanguinis)* contra Harvey fueron impugnadas por Alós.—*Disputationes Physiologicae antiquorum et neotericorum placita novo acumine experientes* (1680).

Juan Alós: *De corde hominis, disquisitio phisiologica-anatomica* (1694). Es una defensa de la doctrina de Harvey sobre la circulación de la sangre.

Francisco Morelló, apologista de Harvey: *Medicinale patrocinium in sanguinis circulationem* (1678).

Diego Mateo López de Zapata, fundador de la *Sociedad Médica* de Sevilla: *Verdadera Apología en defensa de la Medicina Racional* (1690), contra el escepticismo médico del Dr. Gazola, veronés.—*Crisis médica sobre el antimonio* (1701).—Polémica que excitaron estos opúsculos.

Alfonso Simón Montero, primer tratadista de Hidrología Médica: *Espejo cristalino de las aguas de España* (1697).

Tomás Fernández: *Defensa de la quina* (1698).

Alfonso López Cornejo: *Galeno ilustrado, Avicena explicado* (1698). Es una defensa de la medicina tradicional contra la *espagírica ó químico-experimental*, defendida por Zapata y otros.

Nicolás Francisco San Juan y Domingo: *De morbis endemicis Caesaraugustae* (1686).

Siglo XVIII. Controversia sobre la hidroterápia.—Idem sobre la inoculación de las viruelas.—Primeros estudios sobre la fiebre amarilla.—Fundación de las Academias de Medicina de Madrid, Barcelona, Málaga, Valladolid, etc.—Idem de los colegios médico-quirúrgicos de Cádiz (1748), de Barcelona (1764), de Madrid (1787), de Santiago (1799), etc.

D. Miguel Marcelino Boix y Moliner, furibundo hipocrático: *Hipócrates defendido* (1711).—*Hipócrates aclarado y sistema de Galeno impugnado* (1716). Sus libros suscitaron largas polémicas.

D. Félix Palacios: *Palestra farmacéutica químico galénica* (1725).

D. Francisco Santponts y Roca: Varias memorias entre las de la *Academia Médico-Práctica* de Barcelona.

Martín Martínez: *Noches Anatómicas* (1716).—*Observatio rara de corde monstroso* (1723).—*Medicina Scéptica y cirugía moderna* (1722).—*Anatomía completa del hombre* (1728).

Francisco Suárez de Rivera: *Febrilogía quirúrgica* (1720).—*Teatro de fiebres intermitentes complicadas* (1726).—*Clave médico-quirúrgica y diccionario médico, quirúrgico, anatómico*, etc. (1730). Este Diccionario de Medicina, el primero que se intentó en España, no pasa del tercer volúmen.

Francisco Solano de Luque, autor de una verdadera revolución en la semeyótica ó doctrina del pulso: *Lapis Lydius Apollinis* (1731). Las observaciones que este libro contiene para pronosticar las crisis por el pulso fueron vulgarizadas en Europa por Nihell.—*Observaciones sobre el pulso* (obra póstuma de Solano) (1787).

Francisco Fernández Navarrete: Hizo varios descubrimientos anatómicos, entre ellos el de los *vasos pomagogos*, y formó el plan de una topografía médica de España.—*El Nereo, director y juez medicinal*..... (1719). Contra los abusos del método hidroterápico.—*Efemérides barométrico medicas matritenses* (1737).

José Fornés: *Tractatus de peste* (1725).

Luis Enriquez: *De las fiebres intermitentes* (1734). Partidario de Boerhave.

Fr. Benito Jerónimo Feijoo, contribuye á la reforma de los estudios médicos en sentido experimentalista.

José Arnau: *Opus neotericum medicum theorico-practicum, de laxo et stricto* (1733). Divulgó en España las ideas de Baglivio.

José Ortiz Barroso: *Uso y abuso del agua potable* (1736). Combatió acremente el sistema de Van-Helmont.

Fr. Antonio José Rodríguez, cisterciense: *Palestra crítico-médica* (1734).—

Nuevo Aspecto de teología médico-moral y ambos derechos ó paradozas físico-teológico-legales (1750).—*Disertaciones físico-matemático-médicas sobre el fenómeno de la respiración, y sobre la medicina infusoria* (1760). Fué uno de los más notables cultivadores de la Medicina legal.

Mariano Seguer: *Enchiridion medicum theorico-practicum, sive tractatus de morborum theorica et praxi* (1734).—Epístola á Mangeto sobre el abuso de la quina.—Disertación *de medicinae Sthaliannae praestantia* (1744).—*Dissertatio de virtute Kinae anti-epileptica.*

Juan Vázquez de Cortés, el principal entre los secuaces de Van-Helmont: *Medicina en las fuentes* (1735).

Miguel Borbón: *Flumen vitale quatuor liquidorum* (1736).

Francisco García Hernández: *Tratado de las fiebres malignas* (1747).—*Doctrina de Solano de Luque aclarada* (1765).

Pedro Bedoya y Paredes: *Exámen crítico de la sangría artificial* (1740).—*Historia universal de las fuentes minerales de España* (1764).

D. Pedro Virgili, insigne cirujano: *Memoria sobre la broncotomía.*—*Compendio del arte de Obstetricia* (1765). Planteó los colegios de Cirugía de Cádiz y Barcelona.

D. Andrés Piquer y Arrufat: *Medicina Vetus et Nova* (1735).—*Tratado de calenturas* (1751-1768).—*Traducción y comentario de Hipócrates* (1757-61-70).—*Institutiones medicae* (1762).—*Praxis Medica* (1764-66).—*Dictamen para la reforma del estudio de la medicina* (1767).—*De Hispanorum medicina instauranda.*—*De procuranda veteris et novae medicinae conjuntione.*—*Discurso sobre la medicina de los árabes.*

Dr. José Ignacio de Torres, médico del Regente de Francia: *Methode aisée et heureuse de guerir radicalement toutes sortes des maladies vénériennes par une maniere speciale de preparer le mercure.*

José Belilla, farmacéutico de Tortosa, tenido por descubridor de la magnesia antes que Blank: *Discurso físico-químico sobre el mejor método de elaborar la magnesia blanca ó leche de tierra* (1750).

Juan José de Gastelbondo: *Tratado del vómito negro* (1752).

Juan Luis Roche, secuaz y expositor de la doctrina del pulso de Solano de Luque: *Nuevas y raras observaciones para pronosticar las crisis por el pulso* (1761).

Gaspar Casal: *Historia natural y médica del principado de Asturias* (1762). Estudió por primera vez *el mal de la rosa.*

José Alsinet de Cortada: *Nuevas utilidades de la quina* (1774).

Luis José Pereyra: *De studiis medicis recte instituendis* (1768).—*Tratado completo de calenturas* (1768).

D. Francisco Salvá: *La inoculación presentada á los sabios* (1777).—*Disertación sobre el influjo del clima en las enfermedades.*—*De analogia inter scorbutum et quasdam febres* (1794).—*Medicina Clínica* (1802).—*Pensamiento sobre la reforma de la enseñanza del arte de curar* (1812-13).

Diego Velasco y Francisco Villaverde: *Curso teórico-práctico de operaciones de cirugía* (1780).

Jaime Bonells: *Curso completo de Anatomía del cuerpo humano* (1796).

Antonio Nuñez Ribeiro Sánchez, médico de Catalina II de Rusia: *Pensamientos sobre la inoculación.*—*Observations sur les maladies vénériennes* (1785).—*De cura variolorum vaporis ope.*—*Instrucción para los que enseñan la Cirugía en los hospitales de San Petersburgo.*—*Tratado de la conservación de la salud de los pueblos*, etc.

Leonardo Galli: *Nuevas indagaciones sobre las fracturas de la rótula* (1795).

Miguel Rodriguez: *Medicina palpable y escuela de la naturaleza* (1742). Fué gran partidario del mecanismo cartesiano.

Agustín Argüello: *Método ejemplar para el estudio de la medicina* (1765). El principal objeto de este libro es negar la esencialidad de las fiebres.

Francisco Canivell: *Tratado de vendajes* (1786).—*Tratado de las heridas de armas de fuego* (1789).

Antonio Pérez de Escobar: *Medicina Patria ó elementos de la Medicina de Madrid* (1788).

Ignacio M.ª Ruiz de Luzuriaga: *Disertación químico-fisiológica sobre la respiración y la sangre, consideradas como origen y primer principio de la vitalidad de los animales* (1790).—Disertación médica sobre el cólera de Madrid (1796).—Disertación sobre la manía.—Notas acerca de la fiebre amarilla.—Plan de estudios médicos, etc.

D. Antonio Gimbernat: *Disertación sobre las úlceras de los ojos* (1802).—*Discurso sobre la anatomía*, etc., etc. Inventó un método para hacer la operación de la *hernia crural;* otro para curar el hidrocele por doble punción; el anillo ocular ó *speculum* para la operación de la catarata, etc., etc. Inauguró el Colegio de Cirugía de San Carlos.

José Iberti: *Método artificial de criar los niños recien nacidos y de darles una buena educación física* (1795).

José Javier Balmis, introductor de la vacuna en América: *Introducción para la conservación y administración de la vacuna* (1796).

Ignacio Lacaba: *Curso completo de Anatomía del cuerpo humano.* En colaboración de Bonells *(vide supra).*

Joaquín Villalba: *Epidemiología Española* (1802).

Francisco Carbonell y Bravo: *Memoria sobre el uso y abuso de la aplicación de la química á la medicina* (1805).—*Sobre la falsa aplicación de la química á la doctrina médica de la fiebre amarilla.*

D. Tadeo de la Fuente: *Observaciones sobre la fiebre amarilla* (1805).

D. Juan Manuel Arréjula: *Breve descripción de la fiebre amarilla* (1806).

D. Ramón Romero y Velázquez: *Memoria sobre el contagio de la fiebre amarilla* (1819).

D. Mateo Orfila, fundador de la Toxicología y de varias ramas de la Medicina Legal: *Traité des Poisons tirés des trois Regnes ou Toxicologie generale* (1813). Hay muchas ediciones, todas con variantes de consideración: la quinta, enteramente refundida, es de 1844.—*Elements de Chimie Médicale* (1817). Traducción castellana hecha por el mismo autor (1818).—*Leçons de Medecine Legale* (1821). La cuarta edición, enteramente refundida, es de 1848.—*Traité des exhumations juridiques* (1830). Omitimos un gran número de memorias, casi todas sobre asuntos toxicológicos (envenenamiento por el ácido arsenioso, envenenamiento por la absorción del sublimado corrosivo, por el ácido hidrociánico, etc.)—*Secours á donner aux personnes empoisonnees ou asphixiées* (1818).